BOLSILIBROS BRUGUERA

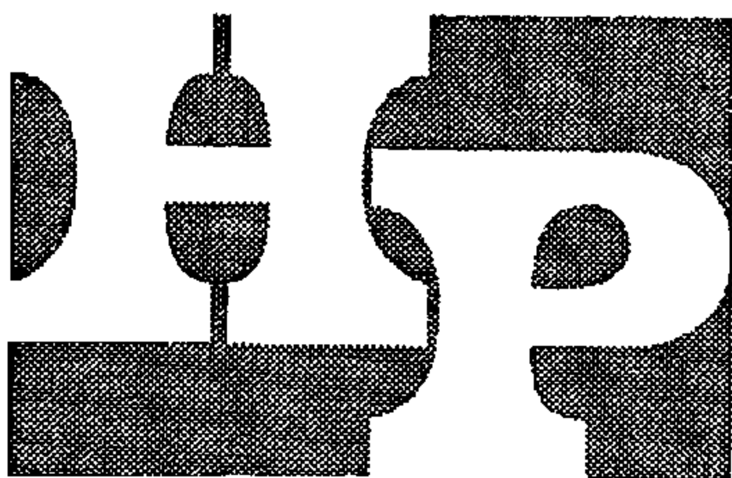
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

VENDO MI CADAVER







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

VENDO MI CADAVER

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 237
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 22690-1974

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: jul., 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* comprobó la carga de su revólver, lo volvió a guardar en la funda comprobando que entraba y salía con la mayor facilidad y luego dijo al lugarteniente que estaba apostado junto a la puerta, con un rifle entre las manos:

—Charlie…

—Mande, *sheriff*.

—Hoy es la última sesión del juicio contra Evans, Todos sabemos que se dictará sentencia, y la sentencia será de muerte. Todos sabemos además que los hombres de su banda intentarán rescatarlo antes de que lo ahorquen. Habrá que doblar la guardia.

—Sí, *sheriff*.

—Ordena a Mike y a Thampson que tengan listas sus armas y que hagan fuego de prevención contratodo grupo de jinetes que se acerque a galope. Si con eso no se detienen, diles que he ordenado tirar a matar.

—Bien, *sheriff*. Eso de tirar a matar me gusta. ¿Cuánto tiempo hacía que no daba usted una orden así?

—Desde que exterminamos a Loman y a toda su cuadrilla.

—Buenos tiempos aquéllos, *sheriff*.

—Sí, pero prefiero que la calle principal de Elko no se llene de cadáveres como aquella vez. Estad con el ojo bien listo.

El agente le mostró su rifle para que viera que estaba cargado y a punto de disparar, y luego chasqueó los labios.

—No se la llenaremos de muertos si a usted no le gusta. Se la llenaremos de heridos, que es más fino.

El *sheriff* siguió caminando, dando la vuelta al edificio donde estaba instalado el Juzgado de Elko, hasta llegar a la puerta posterior del mismo.

Allí había otro hombre que llevaba también un rifle entre las manos y dos revólveres al cinto.

—Hola, Nick.

—Hola, *sheriff*.

—¿Algo de particular?

—Todo tranquilo como una balsa.

—No te fíes de la tranquilidad. Ten el rifle preparado y haz fuego de prevención contra cualquier persona que se acerque. Si no se detiene, tira a matar.

—Claro que sí, *sheriff*. A matar. —Nick enseñó los dientes.

—Mike y Thompson patrullarán alrededor del edificio para acudir allí donde haga falta. Charlie tiene también orden de hacer doblar la guardia, o sea que retendrá a Bob y a Richard cuando éstos regresen de su recorrido por la ciudad.

—Me parece de perlas, *sheriff*. Y no hay que tener tanto miedo de Evans. En cuanto le condenen a muerte lo ahorcamos. Y si sus hombres aparecen por aquí, habrá más ahorcados todavía.

El *sheriff* hizo un saludo con la mano, tras dirigir una última mirada a las calles silenciosas, y entró per la puerta trasera en el edificio del Juzgado, llegando tras atravesar un par de habitaciones a la sala donde se estaba celebrando el proceso contra Evans.

Su llegada no fue advertida por nadie, a pesar de que el *sheriff* era un hombre gigantesco, que vestía de negro y hacía destacar poderosamente sus dos revólveres con cachas de plata.

En este momento todas las miradas estaban posadas en el juez y en Evans, el acusado.

El juez acababa de preguntar:

—¿Tiene usted algo que alegar en su defensa antas de que el Jurado se retire a deliberar, Evans?

Evans, otro gigante con ropas de vaquero, sin armas y las manos atadas a la espalda, lanzó una carcajada.

—¿De veras tengo algo que decir juez?

—Está en su derecho.

—Muy bien. Entonces diré solamente que maldita sea la hora en que nacieron usted y el fiscal Murray.

El juez hizo una mueca, como si a pesar de la dignidad de su cargo no pudiera evitar el deseo de lanzarse sobre el acusado, pero en ese momento se oyó otra carcajada.

Era una carcajada mucho más sarcástica y mucho más cruel que la de Evans.

Y acababa de lanzarla el fiscal Murray.

—¿De veras nos tienes tanta simpatía, Evans? Preguntó. —Eres mucho más educado de lo que yo suponía.

Evans le miró.

Murray, el fiscal, no tendría más de veinticinco años, y presentaba, a pesar de su cargo, el aspecto de un hombre que ha vivido siempre en la pradera. Sus cabellos eran rubios y un poco rizados, su tez tostada por el sol, sus ojos de un extraño color azul-gris. Pero lo que más llamaba la atención en él era la fortaleza de todos sus músculos, aquella fortaleza que parecía ir a hacer estallar sus ropas de ciudad, demasiado bien cortadas. —También tengo que decir algo más— gruñó Evans.

—¿Sí? Dilo.

—Que le mataré algún día, Murray.

—Dudo que te quede tiempo.

—Juro que le mataré.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con voz tan tensa, tan silbante, que todos los que las habían oído sintieron un estremecimiento. Todos menos Murray.

Éste susurró:

—Sé que no amenazas en vano, Evans.

—Nunca hablo por hablar, Murray. Tres veces me juzgaron y tres veces prometí que mataría a los jueces. Si quiere preguntar por ellos le daré sus direcciones: Uno está en «La colina de las Botas», el cementerio de Tombstone; el otro enterrado en una mina abandonada, cerca de Carson City. Al tercero se lo llevó el diablo en Tucson, cuando hice saltar su casa entera con doscientas libras de pólvora.

—Y a mí, ¿cómo me matarás?

Murray parecía tan divertido como si estuvieran los dos hablando del tiempo que iba a hacer la semana siguiente.

—A ti te mataré a cuchillo —silabeó Evans—. Ya conoces todos mis procedimientos.

Hubo en la sala un sordo rumor, pues de sobra conocían todos los presentes que lo que Evans había dicho sobre sus anteriores

víctimas era cierto. El juez cortó aquel rumor al dar un enérgico manotazo sobre la mesa.

—¡Silencio! Debo advertirle, Murray, que desempeña usted aquí el papel de fiscal por nombramiento especial del Gobierno, y los fiscales no suelen dedicarse a cambiar amenazas con los acusados. Igualmente le advierto, Evans, que aunque usted no está aquí para ser juzgado por la muerte de esos tres hombres que acaba de mencionar, esa confesión no predispone en su favor al Jurado.

El Jurado conoce ya de sobra que yo maté a esos tres jueces y que no fui condenado por falta de pruebas —declaró Evans, cruzándose de brazos—. Ya ven que hablo con toda sinceridad. ¿Qué importa ahora repetir una vez más que yo fui el que los mató?

—Limítese a decir si tiene algo que alegar en su defensa —ordenó el juez, secamente.

—Sí. Tengo que alegar una sola cosa.

—¿Cuál?

—Que soy inocente.

En el silencio espeso que se hizo en la sala después de esta declaración, se oyó más detonante y seca aún la carcajada de Murray.

—Vamos, Evans, no me digas.

—Repito que soy inocente.

—¿No mataste tú a esa muchacha, a Linda Shelby, porque te había abofeteado en el *saloon* delante de todo el mundo?

—No.

—¿Eres inocente?

—Lo soy.

—¿Puedo reírme otra vez?

—¡Si esta vez me condenan será por usted, Murray! —gritó Evans fuera de sí—. ¡El Jurado está casi convencido de que yo no la maté y sólo desea absolverme por falta de pruebas! ¡Pero usted los ha envenenado, les ha hecho creer a todos que no son hombres si no me condenan, y ahora, sólo por usted, maldito sea mil veces, son capaces de condenarme a muerte!

—¿Es que te extrañaría, Evans? ¿No lo mereces?

—¡Por otros delitos puedo merecerlo, pero ahora se me juzga sólo por el asesinato de Linda Shelby! ¡Y eso no lo hice yo! ¡No y mil veces no! ¡Juro que no lo hice!

Se había exaltado. Su voz era ronca. Los miembros del Jurado se miraron durante unos instantes como si creyesen en su sinceridad.

Porque esta vez Evans parecía sincero.

Murray se puso en pie.

Su alta estatura y sus poderosos músculos de titán parecieron por un momento llenar la sala.

—Yo no he hablado de ningún otro delito, Evans. Si con razón o sin ella se te absolvió en otras ocasiones, a mí no me importa, y no me llamarían como me llaman si te acusara ahora de algo que no fuera la muerte de esa pobre muchacha.

—Sí, ya sé —dijo Evans, sarcásticamente—. Le llaman «El Justiciero».

—Procuro en cada momento aplicar la Ley estricta —dijo Murray—. Y nada más.

—Pues si en este caso aplica la Ley estricta, deben absolverme. Yo no maté a Linda Shelby. Cierto que la amenacé en el *saloon* delante de todo el mundo, después de abofetearme ella; pero luego encontré a Nora Duxon, la bailarina, y me olvidé de todo lo demás. Yo estaba con Nora Duxon cuando se cometió el crimen. Yo no tengo nada que ver con eso.

—¿Y por qué no se ha presentado a declarar Nora Duxon?

—Porque debe tener miedo. Tiene un maldito miedo que le hiela la piel, pero yo se lo haré pagar algún día.

—¿Más amenazas?

—Usted y Nora Duxon, Murray. Recuérdelo… Los dos morirán abrazados y colgarán del mismo árbol después que los haya cosido a cuchilladas.

Hubo otro rumor en la sala, ahora más largo e insistente. El juez golpeó nuevamente su mesa y miró a Murray.

—El acusado está profiriendo amenazas, lo cual constituye un nuevo delito. ¿Quiere el fiscal que se abra una nueva causa por este motivo? Aun cuando el Jurado le declarara inocente de la muerte de Linda Shelby, tendría que condenarle sin duda a dos años por el delito de amenazas.

Evans miró con odio al juez.

—Ese perro de Murray no desaprovechará la oportunidad —silabeó.

—La desaprovecho —dijo Murray—. Y recuerdo a los miembros

del Jurado que Evans está aquí acusado de un delito y que sólo ese delito nos interesa, olvidando todo lo que haya sucedido antes y todo lo que adivinemos pueda suceder el día de mañana. Recalco esto: no tengan miedo al futuro. Olviden las amenazas de este hombre porque no las podrá cumplir. Condénenlo a muerte y se librarán de él. —¡Qué Jurado más imparcial!— se burló Evans.

—Al contrario, intento, que lo sea.

—¿Y ésa es la manera?

—Ésa es la manera, en efecto. Sé que todos sus miembros están amenazados de muerte por los hombres de tu banda, con la advertencia de que serán ejecutados si te declaran culpable. Lo mismo ha pasado otras veces y has salido libre. Sé que si ahora no les advierto cuál es su deber, te declararán inocente y este mismo mediodía ya podrás asesinar a Nora Duxon con toda tranquilidad. Por eso les he hablado en estos términos.

Porque sé que todos los miembros del Jurado son unos cobardes. El presidente se levantó.

—Oiga usted…

—Unos co-bar-des —silabeó Murray.

—¿Y si le demostramos que no lo somos?

—Pruébenlo declarando culpable a Evans.

El defensor, abrumado y fatigado por su largo discurso de defensa pronunciado poco antes, no se atrevía a decir palabra, a pesar de saber perfectamente que todo aquello era ilegal. Al fin y al cabo estaba seguro de que Evans saldría libre porque los del Jurado no se atreverían a desafiar a su banda. Tuvo que ser el juez quien preguntó:

—¿Sabe que no debe influir usted en el Jurado después de pronunciar la acusación, Murray?

—Lo sé, pero hago esto porque estoy seguro de que Evans es culpable y deseo que sea ejecutado.

—¿Tan convencido está?

—Completamente.

—El proclama su inocencia, y al parecer lo ha hecho con acento de sinceridad.

—Una mentira que solo, podrían creer los niños asustadizos o las viejas cobardonas.

—¿Pretende decir que nosotros somos una cosa u otra? —

preguntó el presidente del Jurado, rojo de indignación.

—Lo probarán con su conducta.

Los miembros del Jurado se contemplaron unos a otros, irritados ante aquel desafío.

Hasta unos momentos antes todos estaban atemorizados por las amenazas de Evans y se inclinaban por un veredicto de inocencia basándose en una supuesta falta de pruebas. Pero ahora el fiscal les había insultado, había llegado a plantear las cosas de tal modo que daría la sensación de que eran unos hombres sin honor en el caso de no declarar culpable a Evans.

Y los del jurado eran tipos rudos acostumbrados a la vida salvaje de Nevada, cuya norma había sido siempre contestar a los insultos con seis balazos de «Colt». El presidente se puso en pie de nuevo.

—Pueden retirarse a deliberar —decidió el juez.

—No necesitamos deliberaciones de ninguna clase.

—¿No? Pero ¿qué dice?

—Nuestro veredicto está ya decidido. Lo he visto en las miradas de todos mis compañeros.

El juez tartajeó:

—Está bien. Póngase en pie el acusado.

Evans se puso en pie. Luego el juez se volvió para mirar de nuevo al presidente del jurado.

—Pronuncie su veredicto.

—¡Culpable!

Evans lanzó una salvaje maldición mientras intentaba lanzarse sobre el estrado, pero el *sheriff* lo hizo sentarse nuevamente de un soberbio gancho al mentón. En la sala se produjo un tumulto. Y el juez gritó varias veces pidiendo orden hasta que por fin se impuso el silencio.

—Oído el veredicto del jurado, y consultadas las leyes de este territorio —gritó nuevamente el juez—, se condena al acusado John Evans a ser colgado de una cuerda hasta que muera. ¡Ésta es mi sentencia inapelable que se ejecutará antes de la noche!

Evans intentó rebelarse otra vez, levantándose del banquillo y arremetiendo con la cabeza baja contra el *sheriff*. Éste sólo tuvo tiempo de cubrirse a medias, y el cabezazo recibido en pleno estómago le hizo rodar por tierra.

—¡Refuercen la guardia en esa puerta! —gritó, mirando hacia la

salida que estaba más cerca de los estrados.

Hubiera podido sacar el revólver y herir una pierna al condenado, pero no le pareció legal.

Evans, con un titánico esfuerzo, logró romper las ligaduras que le sujetaban las manos a la espalda.

Se arrojó sobre el *sheriff*, que estaba caído en tierra, e intentó arrebatarle las armas. Evans, que era astuto, fingió ir a apoderarse rápidamente del revólver izquierdo, y cuando el *sheriff* se lo cubrió con ambas manos, Evans cambió instantáneamente la dirección de su ataque y llevó los dedos al revólver derecho del *sheriff*. Éste ya no llegó a cubrirlo. Lanzando una imprecación, vio que el «Colt» saltaba de su funda, engarfiado por los dedos de Evans.

El negro ojo del revólver le apuntó.

Comprendió que iba a morir.

Todo el mundo estaba paralizado por el asombro, por la rapidez de aquella escena, y nadie fue lo bastante decidido para sacar un revólver y volar la cabeza a Evans antes de que éste disparara.

Nadie, excepto un hombre.

Cuando el *sheriff* ya se estaba despidiendo mentalmente de su vida, oyó una voz.

—Bueno, Evans, bueno… ¿Qué tal, dulce amigo mío?

Y un formidable puño se aplastó como una maza sobre la nuca del condenado, haciéndole caer de bruces mientras lanzaba un terrible grito de dolor.

No llegó a disparar siquiera.

El *sheriff* vio ante él la imponente masa del fiscal Murray y se dio cuenta de que era él quien acababa de salvarle la vida. Luego sus ojos se dirigieron hacia Evans, quien a pesar del terrible impacto sufrido, y a pesar de que el revólver había resbalado de entre sus dedos, aún se había rehecho para lanzarse contra Murray.

Éste movió los puños alternativamente, en un sincronizado, científico y demoledor gancho de
un-dos
.

Evans recibió ambos golpes en la mandíbula y cayó hacia atrás lanzando una rápida bocanada de sangre, después de oírse en la sala un estremecedor chasquido de huesos.

Ya no volvió a levantarse.

Murray, maquinalmente, hizo crujir sus nudillos, que rechinaron uno tras otro como los resortes de una maza.

El juez se acercó a él.

—¿Qué diablos es usted? ¿Un fiscal o un matador de reses?

Murray le miró.

—Mi padre me crió en la pradera hasta que lo ahorcaron —dijo.

En la sala se había apaciguado un poco el tumulto, después de los terroríficos golpes de Murray. Todos contemplaron al caído Evans, que tenía los ojos en blanco y respiraba entrecortadamente. A cada compás de la respiración asomaba por entre sus labios un nuevo hilillo de sangre.

—Da la sensación de que acaba de matarlo —musitó uno de los del jurado mirando a Murray.

—No se preocupe, vive aún; pero siento no haberlo matado porque de ese modo hubiese ahorrado trabajo al verdugo.

El *sheriff* se había puesto en pie y miraba a sus hombres, que acababan de entrar. —¡Despejen la sala!— ordenó.

Los agentes hicieron salir al público del local, incluidos los miembros del jurado, que se apresuraron a ir hacia sus casas para encerrarse en cualquier habitación con un rifle sobre las rodillas.

En la sala quedaron solos el juez, el fiscal Murray, el *sheriff* y el condenado.

—Aun no vuelve en sí —dijo el *sheriff*, mirando a Evans.

—Ya reaccionará. Es fuerte —opinó Murray.

—Es que sus golpes han sido como para matar a cualquiera.

—No tanto, amigo. ¿Quiere probar?

—Dios me libré.

El juez miró a Murray a los ojos.

—¿De veras cree en la culpabilidad de este hombre?

—No me cabe duda alguna.

—Es que lo han condenado por la intervención de usted. Con otro fiscal, el jurado lo habría declarado inocente por falta de pruebas.

—Lo sé.

—Supongo que considerará esto como uno de los éxitos más importantes de su carrera.

—Así es.

—De todos modos resulta usted un tipo excesivamente duro,

Murray. —Me gusta serlo.

—Antes —continuó el juez— me ha dicho una cosa muy extraña, una cosa que yo ignoraba completamente.

—¿A qué se refiere?

—A eso de que su padre fue ahorcado.

—Sí —dijo secamente Murray, como si el recuerdo le molestase.

—¿Por qué lo ahorcaron?

—Por cuatrero.

—¿Y… lo era?

Murray se humedeció con la lengua sus labios, que de repente habían quedado secos.

—No. Fue un error.

—¿Le juzgaron?

—Sí, un juicio legal. Con todas las garantías, pero de todos modos él era inocente y le condenaron por error.

El juez clavó su mirada en el fondo de los ojos
azul-gris
de Murray.

—¿Y usted no teme equivocarse nunca?

—Nunca me equivoco.

—¿Incluso en lo de Evans? ¿Está seguro de que él es culpable del crimen por el que se le ha condenado?

—Lo es.

El juez se encogió de hombros.

—Ha sido condenado legalmente. Yo no tengo nada que decir. ¿Le parece bien fijar las nueve de la noche para la hora de la ejecución?

—Cualquier hora es buena para matar a Evans.

—Usted le odia, ¿eh?

—Odio a todos los asesinos. Y además me parece repugnante el asesinato de Linda Shelby.

—¿Le gustaba a usted esa mujer?

Murray se alzó de hombros imperceptiblemente.

—Ella ya está muerta.

Se despidió con un ademán del juez y salió a la calle. Hacía una hermosa mañana de sol, que se acercaba ya a su cénit. «Faltan nueve horas para ahorcar a ese hombre» —pensó.

Fue caminando por la larga hilera de porches que formaban la

acera de la calle. A cuatro o cinco minutos del juzgado se encontraba el famoso *saloon* de Nora Duxon. A pesar de que la hora no era la más indicada, se oía música en el interior, y esa música atravesaba los batientes para salir a la calle. Al llegar junto a la puerta, Murray escuchó incluso el ágil taconeo de las artistas que actuaban en el escenario.

Miró por encima de los batientes.

Había gente en el local. Y las artistas eran guapas. Chicas nuevas, probablemente llegadas del norte, desde Seattle, o del sur, desde San Francisco. Atraídas por la fiebre del oro, las mujeres llegaban a Nevada con la misma ilusión que los hombres. Y Murray sabía que la mayor parte de ellas no iban a encontrar oro, sino plomo. Pero no podía ir explicándoselo una a una ni convencerlas de que aquél era un mal sitio para morir.

Las muchachas bailaban en el escenario un
can-can
. Sólo había una que lo supiera bailar bien, pero las demás tenían bonitas piernas, y eso era mérito suficiente.

—¿No entras?

La voz le turbó un poco. Era una voz dulce, acariciante, y hasta un poco asustada. Hubiérase dicho incluso que era la voz de una muchacha ingenua. Pero Murray sabía bien que Nora Duxon tenía de todo menos ingenuidad.

Sí, de todo.

Los adornos, la caoba, el mármol y la plata de su *saloon* no valían la décima parte de lo que valía ella. Porque *saloons* se encontraban muchos, pero mujeres como Nora Duxon no. Todo en ella era palpitante, sensual, una llamada directa para los ojos de cualquier hombre. Había en sus líneas algo felino, algo peligroso y acariciante a la vez. Nora Duxon era la verdadera reina de Elko y sabía que los hombres reventaban por ella Susurró de nuevo:

—¿No entras?

Había terminado el baile y la ración de piernas por el momento. Los espectadores gritaban hasta enronquecer.

Murray miró a Nora Duxon.

Sí, los hombres reventaban por ella.

Nora cerró los ojos, acercó la cabeza y ofreció sus labios desde el otro lado de los batientes.

Murray se limitaba a empujarlos, y aunque lo hizo sin fuerzas, las hojas de madera presionaron sobre la mujer, que estuvo a punto de caer hacia atrás.

—¡Maldito! —gritó.

—Suponía que estabas escondida —dijo él con indiferencia, mientras entraba y se dirigía hacia la barra.

—Nora Duxon no se esconde nunca. No he asistido al juicio porque no me ha dado la gana.

Murray sonrió.

—¿No sabes? Evans ha dicho que si sus hombres le ayudaban y él lograba escapar, nos colgaría a los dos abrazados del mismo árbol.

Uno de los bebedores de la barra gritó:

—¡Qué dulce muerte! ¡Que me cuelguen a mí! Pero inmediatamente palideció.

Porque acababa de oírse el ruido de muchos jinetes que avanzaban al trote corto por la calle principal de Elko.

Capítulo II

Un grupo de jinetes estaba entrando en la ciudad.

Eran por lo menos ocho, a juzgar por el ruido que producían sus caballos. Los hombres que estaban en el *saloon* palidecieron. El pianista vaciló, perdió unas cuantas notas y al final el piano quedó mudo con un último gemido ronco, como si se le hubiese roto una tecla.

Nora Duxon miró a Murray.

Éste tomó una de las botellas que había en la barra, le rompió el cuello de un golpe seco y empezó a beber dejando que el *whisky* cayera sobre sus labios, su garganta y su camisa.

Nora Duxon susurró:

—No eres un fiscal, sino un pistolero.

—Nadie ha dicho que no.

—¿Por qué te designó el Gobierno para actuar de fiscal en estos asuntos?

—Porque había que pacificar toda esta comarca de Nevada, y hacía falta un hombre que llegase con la Ley hasta la tumba si era necesario.

—¿Tú eres ese hombre?

—Si en la tumba hay una buena botella de *whisky*, no me importa llegar hasta ahí.

—Has intervenido en pocas causas pero ya te llaman «El justiciero». ¿Crees que te llamarán así durante mucho tiempo?

—Hasta que me maten.

Nora Duxon sonrió, se tensaron un poco sus piernas y alzó la cabeza para besar los labios de Murray.

Éste no hizo un solo movimiento.

—No lo he hecho para besarte —sonrió Nora despectivamente

—, sino para probar el sabor de ese *whisky*.

Y en vista de que Murray no contestaba añadió:

—Te matarán hoy mismo.

Con la mandíbula señalaba las dos ventanas que daban a la calle, y a través de cuyos cristales se veía desfilar a varios jinetes entre una nube de polvo amarillo.

Eran ocho jinetes.

—¿Los conoces? —preguntó Nora.

—Nunca los había visto.

—Pues no hay duda de que son hombres de la banda de Evans. Me ha parecido recordar al primero de ellos. Se llama Murdock. Es un tipo que hace dos años me quiso raptar en Santa Fe.

—¿Y sólo *te parece* recordarlo?

—Es que a mí —rió Nora, mientras se alejaba moviendo las caderas— han intentado raptarme docenas de hombres. No puedo llevar la lista de todos ellos.

Los ocho jinetes habían pasado de largo.

Pero ya todos sabían que la banda de Evans estaba en la ciudad y que aquélla sería una noche de sangre.

Murray no llevaba revólveres.

Se fijó: en los dobles cintos-cananas y en los «Colt» de un comerciante gordo, tembloroso, que estaba sentado en un rincón mirando los batientes y a quien para que no temblase hubieran tenido que sujetarle la barbilla con un alambre.

Murray preguntó:

—¿Piensa usted emplear sus revólveres, amigo?

—Ve… ve…, verá. Yo sólo he venido a gestionar un crédito en el Banco. ¿Es cierto que…, que a los hombres que no llevan armas no se les puede… ma… matar?

—A veces los matan también, pero no es tan fácil.

—Le… regalo mis revólveres.

—No esperaba que me los regalase, sino que me los vendiera. Le doy cien dólares por todo. ¿Vale?

—Cla… cla… ¡Claro que sí!

Se despojó precipitadamente de sus cintos-canana y los tendió a Murray, que se los ciñó con dos ágiles movimientos tras despojarse de la levita y arrojarla al suelo como un trapo. Comprobó que las armas salían bien de las fundas. Aquellos dos «Colt» eran nuevos,

porque su propietario debía haber tenido miedo a usarlos.

Luego se encaminó hacia la puerta, haciendo con el brazo un saludo a Nora, que estaba al fondo del local oprimiendo distraídamente una de las teclas del piano.

—Me largo, muchacha. Habrá jaleo y no quiero que te ensucien esto de sangre, cosa que sucederá si yo sigo aquí diez minutos más. Si me balean no olvides llevarme una botella de buen *whisky* a la tumba.

—Descuida, del mejor. Y pagará la casa.

Murray fue a salir a la calle, disponiéndose a empujar los batientes con el pecho.

Y en ese momento un hombre entró.

Era un tipo vestido de ante de pies a cabeza, como si se dedicase a cazar pieles. Iba armado con dos revólveres y un cuchillo. Murray lo reconoció. Era el que había entrado a la cabeza de los ocho jinetes.

El recién llegado, que no conocía a Murray, se limitó a empujarle, mirando hacia el fondo del local.

Allí estaba Nora, acariciando todavía con sus dedos las teclas del piano.

—Hola, Murdock —dijo sin mirarle.

—Hola, preciosidad. Me habían dicho que ahora eras dueña de un *saloon* en Elko. Y he visto tu nombre en el rótulo. Han ido las cosas bien, ¿eh?

—Sí, muy bien.

—¿Quién te pagó todo esto?

—Una bailarina como yo gana mucho dinero. Y lo ahorra si quiere. ¿Por qué no bebes, Murdock? La casa invita.

—Beberé, pero tendrás que acompañarme.

—No suelo alternar con los clientes.

—Es que yo no soy un cliente. Yo soy el hombre que te sacará de Elko para convertirte en una reina.

—¿En una reina o en una esclava de Evans? ¿No sabes que a Evans, tu jefe, le gusta también esta mujer? Murdock se volvió de repente.

Vio a Murray negligentemente apoyado en la pared, junto a los batientes, acariciándose los bajos del pantalón con una de las espuelas. —¿Quién es este tipo?— preguntó Murdock, dirigiéndose

a Nora. —Es el fiscal Murray.

El nombre impresionó al principio a Murdock, pero luego sus labios se distendieron en una sonrisa.

—De modo que Murray, ¿eh? Me acaban de decir que ha logrado arrancar un veredicto de culpabilidad para Evans, pero yo, claro, no lo he creído. Es imposible que haya en todo Nevada un tipo que esté tan loco.

—Pues lo hay, amigo. Y si quiere aprovechar lo que le queda de vida, acepte la invitación de Nora y bébase una botella de *whisky*.

Murdock lanzó una carcajada.

—¿Sabes a qué hemos venido, Murray?

—Sí. A ver qué era lo que había sucedido con Evans.

—Y a liquidarte a ti.

—Veo que os habéis hecho unos buenos planes de trabajo.

—Pero aún puedes salvarte si nos entregas a Evans sano y salvo y le prometes que saldrá de este distrito sin ninguna dificultad.

—Claro que saldrá de este distrito.

—Veo que empiezas a ponerte en razón.

—Saldrá una vez muerto.

Murdock lanzó un grito de rabia y se puso completamente de cara a Murray, arqueando un poco los brazos encima de las fundas.

—¿Sabes lo que dices?

—Evans ha asesinado a una muchacha dentro de este condado y debe pagar su crimen con la vida. Ésta ha sido la sentencia del juez, y tal sentencia será cumplida. Si queréis ver cómo vuestro jefe cuelga de una soga, tendréis todos un sitio de honor.

Los espectadores estaban mudos de asombro ante aquel diálogo que sabían había de terminar a balazos, y ya se habían dividido en dos grupos separándose de las posibles líneas de tiro.

—¿A qué hora debe cumplirse la sentencia? —preguntó Murdock.

—A las nueve de esta noche.

—Tú no vivirás tanto.

Murray rió.

—Sentiré tener que agujerearte esas prendas tan bonitas —dijo —. ¿Te dedicas a coleccionar pieles? —¡Sí! ¡Pieles humanas!

Murdock lanzó un último grito de amenaza, mientras cerraba las manos sobre las culatas. Estaba seguro de ser más veloz que Murray

porque éste no podía tener en los desafíos la inmensa experiencia que tenía él. Y rió mientras levantaba los revólveres. La primera bala le atravesó el corazón y le hizo inclinarse hacia adelante, boqueando con angustia.

Ni siquiera había llegado a advertir los movimientos de Murray, tan veloz era éste. Tuvo la sensación de que las lenguas de fuego brotaban de sus propios dedos.

La segunda bala le atravesó el vientre, y la tercera la cabeza.

Todos los disparos eran mortales.

Murray guardó sus revólveres.

—Ha sido estúpido al querer pelear tan pronto —dijo por todo comentario—. Cuanto más hubiese hablado, más habría vivido.

Nora, asombrada aún por lo que acababa de presenciar, se acercó a él.

—No sabía que disparases así.

—Esto no es nada. Los años bisiestos lo hago mejor.

—Tus bromas son macabras, Murray. ¿Sabes ya en qué clase de lío te has metido? En la ciudad quedan otros siete hombres.

—No son nada.

—Es que no atacarán como Murdock. Para ahorcar a Evans tendréis que sacarlo de la cárcel, y entonces os exterminarán. —El *sheriff* dispone de bastantes hombres.

En este momento se oyó una traca furibunda de disparos al otro lado de la calle, cien yardas más abajo.

—Esos siete pistoleros se deben estar divirtiendo —dijo Murray —. A lo mejor en estos momentos sólo quedan seis o cinco.

—Yo pensaría todo lo contrario.

Murray iba a decir algo cuando en ese momento la puerta del *saloon* fue empujada por alguien que venía sudoroso, jadeante, después de haber corrido cien yardas en trece segundos. Su propio impulso le llevó hasta la barra del local, donde quedó detenido. — Todos los hombres del *sheriff*…— jadeó—. Estaban en el interior de un *saloon* repartiéndose los turnos para la guardia en la cárcel… ¡y les han acribillado a traición, desde las ventanas!

Murray, de una forma maquinal, miró a Nora. Ésta, junto al piano aún, sonreía irónicamente.

—¿Sabes que prácticamente estás solo en la ciudad, Murray?

—¿Y qué?

—¿Será ahorcado Evans a pesar de todo?

—Ya sabes que estás invitada a presenciar la ejecución.

Sin dirigir una última mirada al muerto, salió del local. La calle, bajo el sol aplastante del mediodía, estaba solitaria y hosca. Sólo un pequeño grupo se concentraba en la parte baja de la calle, junto a la cárcel. Imaginó que serían los siete asesinos.

Sólo el *sheriff* debía quedar ahora para guardar al condenado, y siete pistoleros eran demasiado para él.

Mientras caminaba callo abajo sin apresurarse, Murray recargó sus revólveres.

Al llegar a la altura de la cárcel vio que los siete pistoleros se habían abierto en semicírculo frente a ella.

El *sheriff*, herido, se apoyaba en la puerta para no caer.

Una de las balas debía haberle alcanzado.

Murray llegó junto a él.

Capítulo III

Los sietes pistoleros lo vieron avanzar.

Eran tipos de la frontera, cuyo oficio consistía en matar hasta que los matasen a ellos. Le contemplaron con curiosidad al verle avanzar, con las manos sobre las fundas. Ninguno de ellos sabía que era Murray.

El que se lo dio a conocer fue el *sheriff*, sin proponérselo.

Saludó al ver al fiscal.

—Hola, Murray. Me alegra que haya venido.

Seguía apretándose con la mano una herida en el pecho de la cual manaba sangre incesantemente.

Uno de los pistoleros gritó:

—¡Eh, muchachos! ¡Es Murray!

Fue lo último que dijo.

Murray disparó a través de la funda un solo balazo y le voló el sombrero. Pero con el sombrero iba también parte de la cabeza.

Los demás, a pesar de ser seis, no se atrevieron a intervenir.

Sabían que Murray haría por lo menos otro disparo antes de caer para siempre, y nadie quería ser el que muriese con él.

Sería mejor exterminarlo, en otro momento, cuando no estuviese frente a ellos y con las armas preparadas.

Comenzaron a retroceder pero muy poco a poco, manteniéndose dueños del centro de la calle. Todos llevaban los brazos arqueados sobre los revólveres y estaban dispuestos a «sacar» en cualquier momento.

Dejaron abandonado el cadáver de su compañero a pocos pasos de distancia de Murray.

Éste advirtió:

—Evans ha sido condenado legalmente y va a ser ejecutado a las

nueve de la noche. Quien intente impedirlo solo conseguirá hacerle compañía en el último viaje. No tengo todavía nada contra vosotros y os invito a que dejéis la ciudad. De lo contrario tendré que mataros.

Dos de los pistoleros rieron nerviosamente a la vez.

—¿A todos?

—A todos.

—Hablas con mucha seguridad para ser un maldito fiscal.

—No soy un fiscal de carrera. El Gobierno me na pedido simplemente que acabe con todos los asesinos que están aterrorizando a Nevada.

—¿Incluidos nosotros?

—Os incluiré si movéis un solo dedo para salvar a Evans.

Los pistoleros continuaban retrocediendo.

Al llegar al otro lado de la calle se distribuyeron por la parte externa del porche, siempre abiertos en abanico, sin dejar de vigilar ni un momento la puerta de la cárcel.

Uno intentó parapetarse detrás del porche.

Murray disparó nuevamente a través de la funda y le cruzó limpiamente con un plomo el centro del corazón.

Los demás estaban al descubierto. Tampoco se decidieron.

Precisamente por ser los más fuertes sabían que vencerían en cuanto planteasen bien la batalla, pero nadie quería sacrificarse y perder la vida por los demás.

Porque seguía siendo evidente que, antes de morir, Murray aún lograría hacer por lo menos un nuevo disparo.

—Al que intente parapetarse lo liquidaré —dijo.

—No eres tonto al plantear las cosas así. Quieres un desafío abierto y cara a cara, ¿no?

—Ésa es la única forma que conozco de morir y matar.

—¿Aunque seamos cinco contra uno?

—Antes erais siete.

Los pistoleros cambiaron entre sí, intranquilos, una fugaz mirada.

Luego uno de ellos pareció ser más inteligente o más tranquilo que los otros. Se sentó en los peldaños del porche y extrajo tranquilamente su bolsa de tabaco para liar un cigarrillo.

Los demás le imitaron, sentándose también. Estaban en

semicírculo y entre todos ellos acorralaban materialmente al *sheriff* y a Murray.

Los dos muertos se cocían al sol.

Murray dirigió una mirada de soslayo al *sheriff*.

—¿Duele?

—La herida se me va enfriando y duele más, pero no es eso lo peor. Lo que más siento es la pérdida ds sangre.

—Si cree que va a desvanecerse, cierre los ojos.

El *sheriff* los cerró. La sangre resbalaba lentamente por entre sus dedos. Echó la cabeza hacia atrás para ahorrar hasta el máximo todas sus energías y no vacilar.

Resultaba extraño aquel cerco de dos hombres en pleno centro de la ciudad, ante la cárcel donde esperaba un condenado a muerte.

Murray sabía que no podían intentar moverse. En cuanto al *sheriff* o él hiciesen algo se desencadenaría la tormenta. Aquello era como un desafío en el que todos los combatientes estuvieran preparados y sólo faltase dar la señal de «¡Fuego!». Transcurrió una hora.

Nadie se movía.

El sol caía a plomo sobre las cabezas y parecía ir quemando poco a poco las ropas de los muertos.

Nadie pasaba por la calle. Nadie ayudaba a la Ley contra cinco pistoleros armados a pesar de saber que, una vez muertos el *sheriff* y Murray, el forajido Evans recobraría la libertad.

A espaldas de Murray, que parecía una estatua contemplando a sus cinco enemigos, la voz del *sheriff* resonó quejumbrosa y débil:

—No puedo más, Murray. No puedo más…

Murray le habló sin volver la cabeza:

—¿Ha perdido más sangre?

—No sé ya cómo todavía me queda algo en el cuerpo.

—¿Le duele la herida?

—Ya no.

—Mal asunto, *sheriff*. Si a usted le ocurre algo yo seré en cierto modo responsable de su muerte. Tiene que verle un médico y extraerle cuanto antes esa bala.

—Sí, pero… ¿cómo?

Murray habló en voz alta dirigiéndose a los cinco pistoleros, quietos como cactos espinosos, que estaban frente a él.

—El *sheriff* está herido de gravedad. Debéis dejarle marchar para que un médico le atienda.

El pistolero que estaba frente a él lanzó una burlona carcajada.

—¿Sí, eh?

—Representa tener un enemigo menos —insistió Murray—. Me quedaré solo contra todos y dispondréis de esa ventaja. Pero no hay necesidad de que el *sheriff* muera desangrado como un caballo herido.

—Está bien, que se largue —dijo el que estaba frente a Murray.

El fiscal volvió unas pulgadas la cabeza.

—Lárguese, *sheriff*. ¡Pronto!

El de la estrella se puso en pie después de grandes esfuerzos. Vacilando y dando trompicones, descendió los peldaños del porche hasta la calle. Una vez allí cayó y volvió a levantarse. Murray vigilaba atentamente, y los cinco pistoleros lo escrutaban con mirada burlona.

El *sheriff* sé alejó paso a paso, sujetándose la herida.

Y de pronto uno de los pistoleros se movió.

Murray no pudo evitarlo.

El revólver del forajido brotó de la funda con la velocidad de un reptil. Hizo dos disparos y el *sheriff*, mortalmente alcanzado por la espalda, lanzó un grito mientras se desplomaba de bruces sobre el polvo de la calle.

Murray disparó dos veces seguidas contra el asesino, pero el nerviosismo le impidió acertar. Otro de los pistoleros se movió y sacó también su arma. Murray logró desviar el «Colt» en el último segundo y hacer fuego dos veces más, alcanzándole en el vientre y el corazón, pero sin poder evitar que una bala le rozase el brazo izquierdo.

Con una velocidad frenética, Murray dio dos vueltas sobre sí mismo, esquivando el próximo balazo. Mientras los proyectiles mordían rabiosamente las tablas, él lanzó al suelo su revólver derecho, que ya había agotado las seis balas, y con la misma mano sacó el izquierdo. Los cuatro pistoleros que quedaban con vida, entretanto, se habían puesto en pie.

Uno de ellos ya le estaba apuntando.

Murray hizo un disparo al azar, sólo para cubrirse, y obligó al pistolero a encogerse retrasando su balazo un par de segundos. Esto

fue suficiente para que Murray saltara sobre las tablas y apretase el gatillo a su vez, hiriendo a su enemigo en un costado y obligándole a doblarse como un pelele.

Tres hombres dispararon a la vez contra él, mientras Murray gastaba sus últimos plomos en una rabiosa cortina de fuego.

Un proyectil le hizo volar el sombrero de la cabeza, arrancándole cabellos. Los otros dos le atravesaron la camisa casi por el mismo sitio, buscándole el corazón.

Una de las balas disparadas por Murray atravesó al pistolero que estaba más a la derecha, haciéndolo caer sobre el que se hallaba en el centro, el cual vaciló. Quizá esto salvó la vida a Murray, porque ese pistolero era el que se encontraba en mejor situación para tirar.

Pero quedaba el otro.

Éste le encañonaba ya con su revólver cuando al otro extremo de la calle, a la derecha, crepitó un rifle.

Era un «Winchester» de tiro múltiple. Mecánicamente, Murray lo identificó, mientras ya sin balas sonreía al pistolero que iba a matarle. De pronto sus ojos se dilataron de asombro.

Porque el pistolero acababa de caer soltando el revólver, con el parietal atravesado.

El único que quedaba con vida —el que antes perdiera el equilibrio cuando iba a acabar con Murray— salió huyendo a toda velocidad por el centro de la calle, procurando poner la mayor distancia posible entre él y todos aquellos muertos.

Murray, mientras se sujetaba el brazo rozado por la bala, silabeó:

—Buen viaje, canalla…

Miró entonces hacia el extremo de la calle donde había sonado la detonación del rifle.

Una mujer se acercaba paso a paso, sosteniendo el «Winchester» todavía humeante, entre sus manos.

Nora Duxon.

Murray se puso en pie y en lugar de darle las gracias dijo:

—¿A qué tanta comedia?

—Eres un modelo de gratitud, Murray —susurró ella, enrojeciendo.

—No hacía falta un rifle para liquidar a un tipo así. Con que le hubieses tirado una piedrecita bastaba. Pero ¿por qué te has metido

en esto?

—Esos tipos habían asesinado al *sheriff*, y el *sheriff* era una buena persona y un hombre que hacía respetar la Ley.

Murray cerró un instante los ojos.

—En cierto modo me considero yo responsable de su muerte.

—¿Por qué?

—Debí haberle hecho escapar antes, cuando esos hombres aún no habían perdido los nervios.

—Pero todo se hubiera evitado caso de no condenar a muerte a Evans.

—Sí, claro que sí.

—Y en ese sentido eres responsable.

Murray retiró de su brazo la mano empapada en sangre. ¿Qué podía decir?

—Evans ha cometido aquí un delito por el que merecía la muerte, y ha sido condenado en forma perfectamente legal —se limitó a contestar.

—¿Y si ese delito no lo hubiese cometido él?

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—En todas partes comentaban que Evans aseguró ser inocente.

—Evans es muy astuto. Sabe que no hay que perder los nervios jamás. Y es un especialista en que le absuelvan por falta de pruebas. Quiso jugar como jugó otras veces, y ha perdido.

Ahora, cuando ya no existía peligro, se habían acercado bastantes personas al lugar de la pelea. Algunas se dedicaban a retirar a los muertos, y otros rodeaban al *sheriff* y a Nora Duxon.

—Supongo que van a ahorcar a Evans ahora mismo —dijo uno.

—No. Hasta las nueve de la noche.

—Pero ¿está loco? ¿No se da cuenta de que esto se puede repetir? ¡Cuanto antes acabe con Evans más pronto estará tranquila la ciudad!

—¡El juez ha dicho que la sentencia debe ser ejecutada a las nueve de esta noche y no la ejecutaremos ni un segundo antes!

Un comisario suplente se acercó con timidez, luciendo en el pecho una estrella recién estrenada.

—¿Quiere que le atienda un médico, Murray? Yo vigilaré la cárcel.

—Bien. Pero debe impedir, aunque sea con las armas, que nadie

toque al preso.

—¿Por qué no lo ahorca de una vez?

—Yo no puedo hacerlo. El juez designará al encargado de la ejecución… a las nueve de esta noche.

Se encaminó a la casa del médico más cercano, dejando sobre el polvo de la calle un rastro de sangre.

El médico le examinó la rozadura.

—Apenas está dañado el músculo, pero moverá el brazo con dificultad durante unos días. Menos mal que es el izquierdo:

—Sí, menos mal.

—Le pondré unos vendajes y usted procurará moverlo lo menos posible. La hemorragia está cesando ya.

Murray, una vez sumariamente vendado, se dirigió de nuevo al edificio de la cárcel, donde el alguacil sustituto estaba haciendo frente a una pequeña multitud de veinte o veinticinco personas.

Murray le invitó:

—Entre.

Pasaron los dos al interior y cerraron la puerta. La multitud se dispersó al ver que se hallaba allí Murray. Este extrajo su reloj y lo colgó de una de las paredes, junto a la celda. —Esperaremos a que lleguen las nueve de la noche— dijo.

* * *

Las sombras se habían abatido sobre la ciudad hacía largas horas. Todo estaba silencioso en aquella parte de la calle. Murray aguardaba pacientemente, con un revólver sobre las rodillas y observando de vez en cuando el reloj que colgaba de la pared.

Las nueve menos diez minutos de la noche. Golpearon suavemente la puerta, y Murray fue a abrir llevando por delante el revólver.

—Conmigo no le hace falta, Murray.

Era el juez.

—¿Está todo listo? —preguntó Murray.

—Sí. Y ya hay unos cuantos voluntarios para mantener el orden junto al árbol donde tendrá lugar la ejecución.

—Bien. Entre.

El juez entró. Miró al alguacil suplente.

—Usted representa al *sheriff* en estos momentos. ¿Quiere colgar

a Evans?

—¿Por qué no?

—Vamos.

Murray tiró del cajón central de una mesa y extrajo el manojo de llaves que cerraban las celdas. Sólo una de éstas estaba ocupada, precisamente por Evans. La abrió. —Ha llegado el momento— dijo.

—¿Va a decirme que lo lamenta, Murray? —preguntó Evans, burlonamente.

—En todo caso tú te lo has buscado, Evans.

—Está bien; no lograrán colgarme.

—Todos tus hombres han muerto, por si no lo sabías.

—¿Ni uno solo ha quedado vivo?

—Sí. Uno.

—Pues ése traerá refuerzos.

—Empieza a acostumbrarte a la idea de que ya no va a llegar a tiempo, Evans. Y reza si te acuerdas.

Evans salió de la celda con las manos sujetas a la espalda por unos grilletes.

—Supongo que tendrás algún último deseo —preguntó Murray.

—Ninguno.

—¿No quieres escribir una última carta?

—¡Bah! ¿Para qué?

—Así ganarías tiempo.

—Pero eso no le conviene a usted, Murray.

—La Ley dice que todo condenado tiene derecho a escribir una última carta, y yo pienso cumplir la ley.

—Todas mis cartas las solía escribir con plomo —rió nerviosamente Evans—. ¿Cómo voy a hacerlo ahora si no tengo revólver?

—Prometo comprarte un «Colt» último modelo para que seas enterrado con él.

Salieron.

El juez abrió la puerta de la cárcel, y se encontraron en el exterior con una gran multitud que jalonaba el camino hasta el árbol de las ejecuciones, situado a unas treinta yardas. Era el mismo árbol donde los domingos por la mañana solían reunirse los vecinos para hablar de los asuntos que afectaban a la comunidad.

Ahora colgaba una soga nueva de una de sus ramas.

El alguacil suplente la ciñó al cuello del condenado y lo preparó todo para la ejecución.

Alguien que estaba en primera fila golpeó entonces suavemente el brazo de Murray.

Éste se volvió al advertir el perfume peculiar de Nora Duxon.

—¿Me habías invitado a la ejecución, no? —preguntó la mujer.

—Ya te he dicho que se cumpliría la sentencia.

—¡Y pensar que Evans dijo que nos colgaría a los dos…!

—No cantes victoria aún.

Se hallaban a cierta distancia del condenado, junto al cual sólo se encontraban el juez y el que iba a hacer de verdugo.

Nora Duxon preguntó en voz baja a Murray:

—¿Una vez ejecutado Murray ya no se podrá volver a juzgar a nadie por el asesinato de Linda Shelby, verdad?

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

El juez gritó en aquel momento:

—¡Arriba!

El verdugo tiró de la cuerda, y Evans fue alzado violentamente al aire, mientras se retorcía y lanzaba un grito de dolor.

Pero Murray no le miraba. Murray tenía los ojos fijos en Nora Duxon.

—¿Por qué haces esa pregunta? —interrogó.

Ella sonrió encantadoramente.

—¡Oh, por nada! Sólo lo decía para estar tranquila. Es que a Linda Shelby, ¿sabes?, la asesiné yo…

CAPÍTULO IV

Junto a ellos había un tipo que llevaba un revólver con cachas de marfil.

Lanzó un grito de sorpresa al ver que el revólver saltaba de su funda como si estuviese animado de vida propia.

Murray, que se había apoderado de él, apretó el gatillo tres veces con una velocidad frenética.

Nora Duxon lanzó un grito y se llevó ambas manos al pecho.

Pero no. Fue simple miedo, simple sobresalto. Las balas no habían ido dirigidas a ella.

Lo único que Murray buscó fue segar con sus proyectiles la cuerda.

Ésta se partió por la mitad.

Evans cayó al suelo, con las facciones congestionadas y teniendo ya en su rostro la expresión de la muerte.

Murray dio un salto y desanudó el lazo con dos hábiles tirones, aflojando la presión angustiosa de la cuerda.

Evans tenía los ojos cerrados y no se daba cuenta de nada, o al menos eso parecía, Daba la sensación de estar ya prácticamente muerto. Pero los que estaban a su alrededor se movían como un hormiguero humano.

—¿Qué ha hecho? —gritó el juez fuera de sí—. ¿Es que se ha vuelto loco de repente, Murray?

Murray trazó con su revólver un movimiento circular, apuntando a todos a la vez.

—Que nadie toque a este hombre.

—Pero si han muerto muchos para que fuera ajusticiado, y ahora…

—¡Tengo mis razones para salvarle! —rugió Murray—. ¡Quietos

todos de una vez! ¡Quietos!

Demasiado se conocía en Elko la rapidez con que Murray disparaba. Y nadie quiso arriesgarse.

Nora Duxon había desaparecido.

Levantando a Evans con su poderoso brazo izquierdo, Murray se lo cargó al hombro sin dejar de apuntar con el revólver. Pese a su herida, aquel esfuerzo titánico no pareció afectarle. Sólo los músculos de su cuello de toro se hincharon un instante; nada más.

Luego echó a andar con su carga.

Todos se apartaron. Estaban tan confusos que achacaron aquello a un rapto de locura de Murray. Que «El justiciero» salvase a un asesino era algo tan inconcebible que los espectadores quedaron paralizados de asombro. Sólo el juez gritó:

—¡Pagará esto, Murray!

Éste llevó a Evans a casa del mismo médico que lo había atendido a él por la mañana.

—Este hombre ha sido ahorcado, pero todavía vive. Quiero que haga lo posible para salvarlo.

El médico lo miró.

—¡Diablos! ¡Si es Evans! ¿Se ha vuelto usted loco, Murray?

—Estoy harto de que me pregunten eso. Mire si puede salvar a este hombre y no se preocupe de otra cosa.

Lo llevaron a una habitación, donde Evans, todavía inconsciente, fue tendido sobre un lecho.

El médico se inclinó sobre él y lo examinó durante largo rato.

—No puedo decir si alguna arteria importante está rota, pero su corazón funciona normalmente por ahora. En el caso de hemorragia interna morirá dentro de un rato.

¿Quiere esperar?

—Esperaré aunque sea toda la noche.

Fue a la habitación contigua y se sentó, fumando nerviosamente. Por su cerebro pasaba, ahora una verdadera tempestad de terribles pensamientos. Sus labios dibujaban una mueca dura y cruel. Varias veces estuvo a punto de reventar su propia cabeza contra las paredes.

Al fin el médico entró en la habitación.

—Creo que se salvará.

—Sólo había soportado el primer tirón de la cuerda —explicó

Murray—. Hay veces en que eso sólo no mata. Pero ¿cree que Evans quedará dañado de algún otro modo?

—No lo sé —dijo enigmáticamente el médico—. Ha recuperado en parte el conocimiento y suceden cosas muy extrañas. ¿No le importa perder toda la noche aquí, Murray?

Fuera, en la calle, se oían imprecaciones y gritos, pero Murray dijo:

—Me quedaré aquí.

Transcurrió toda la noche.

El médico la pasó casi entera junto a la cabecera del lecho donde reposaba Evans.

Y por la mañana habló francamente a Murray.

—Este hombre no ha muerto, pero quizá le haya sucedido algo peor aún. Alguno de los vasos que riegan el cerebro ha sido dañado, y ahora Evans no recuerda su nombre ni sabe quién es. Nunca lo sabrá. Ha perdido la memoria para siempre…

CAPÍTULO V

El hombre que estaba junto a la barra empuñó su revolver.

—¡Defiéndete!

Cuando el que iba a salir por los batientes del *saloon* se volvió, el de la barra le estaba apuntando ya. Tenía ventaja. Sonrió mientras cerraba el dedo sobre el gatillo.

Y de pronto lanzó un alarido de horror.

Aquellas luces anaranjadas, tensas, rápidas, parecían penetrar a través de sus ojos. Aquella rapidísima media vuelta sobre la punta de una bota, aquella media vuelta diabólica que dio su enemigo al ser llamado, no se la había visto hacer a nadie aún…

Cuando cayó, la cabeza le había sido atravesada por tres balazos.

El hombre que estaba junto a los batientes y que se había salvado gracias a su diabólica rapidez, dijo solamente:

—Lo siento. Y salió del local.

Dos hombres que habían estado sentados a la mesa más cercana a la barra, se levantaron apresuradamente.

Una sola ojeada al cadáver les bastó para comprobar lo certeras que habían sido las balas. Eran balas disparadas por un auténtico maestro de pistoleros.

Uno de los dos hombres sacó una moneda de oro de uno de los bolsillos de su chaleco y la dejó caer sobre el cadáver.

—Ganaste —dijo—. Era Murray.

El otro le miró con los ojos inyectados en sangre.

—¡Claro que lo era! —gritó—. ¡Ya os lo he dicho yo en seguida! ¿Qué necesidad tenía Monty de desafiarlo?

Y señaló el cadáver.

—A Monty le gustaban esas cosas —dijo el otro—. Le habría

parecido estupendo liquidar a Murray y dárselas luego de ser el mejor pistolero de Carson City. Pero el que quiere presumir se expone a terminar en una tumba.

Otro de los que estaban en la barra se acercó.

—¿Habéis oído lo que ha dicho? Ha dicho que lo sentía.

—Como si a Murray le importase mucho matar a un hombre —comentó otro.

—Puede que haya cambiado.

—Sí, lo he notado un poco raro. Estaba en la barra bebiendo como si Quisiera emborracharse, y sin hablar con nadie. Ha matado a Monty porque no tenía más remedio, porque si no Monty le habría matado a él. Pero me parece que no buscaba jaleo.

—¿Que no lo buscaba? Eso te habrá parecido a ti. Pero ¿olvidas que Murray es un pistolero?

—Lo fue hasta hace tiempo, pero habréis de reconocer que siempre estuvo al servicio de la Ley. Hasta que, en vista de que todos los fiscales morían asesinados, el gobernador le dio poderes especiales para acusar en toda clase de procesos a los indeseables que hay en Nevada. Lo que no entiendo es qué está haciendo aquí, en Carson City. Residía en Elko desde hacía algún tiempo…

Alguien opinó:

—Ha venido a emborracharse.

—Nadie hace un viaje tan largo para eso.

—Puede que le interese olvidar alguna cosa. Puede que en Elko la vida se le haya hecho insoportable. Pero de la forma como estaba bebiendo yo creo que quería perder la cabeza.

—Habrá que vigilar lo que hace en Carson City. Si quiere jaleo lo tendrá —dijo un mestizo que estaba sentado a una mesa, y al que todos conocían como uno de los mejores cuchillos de la ciudad.

Los comentarios se generalizaron en el *saloon* donde acababa de tener lugar la pelea.

Ya nadie se acordaba del muerto, al que trasladaron sencillamente a un rincón para que no molestase.

Y, mientras tanto, el hombre que había levantado cantos comentarios con sólo llegar a la ciudad, caminaba en silencio por una de las calles más obscuras hacia un Hotel discreto y donde no se hacían preguntas a nadie.

Llegó al Hotel. Éste se hallaba en un edificio de dos pisos,

construido con ladrillo, y se llamaba «El eterno olvido», quizá porque allí no se hacían preguntas sobre el pasado de nadie o por el gran número de muertos que al cabo del año había entre sus paredes. Murray entró y preguntó al encargado:

—¿Alguna visita?

—Nada, míster Lane. No ha venido nadie.

—Gracias.

Murray iba a subir por la estrecha escalera cuando el encargado preguntó:

—Oigame…

—¿Qué quiere?

—¿De veras se llama usted Lane?

—Creí que aquí no se preguntaba nada a nadie. ¿A qué viene todo esto?

—Perdón. Es que me recordaba a otra persona. A veces uno se confunde, míster Lane.

Le ruego que me disculpe.

Murray gruñó algo ininteligible y subió de dos en dos los peldaños hasta el piso superior.

Allí abrió la puerta de la habitación que le había sido designada.

Una habitación como las otras, sólo que un poco mayor y con dos camas. Un quinqué de petróleo estaba encendido sobre una mesilla, y aquel quinqué derramaba una luz triste y mortecina por la habitación. De espaldas a la puerta, mirando por la ventana, se hallaba un hombre.

Murray hizo ruido al cerrar la puerta a su espalda.

El hombre se volvió.

La luz se proyectó entonces sobre unas acciones indiferentes y quietas, que parecían las de un muerto. Sobre unos ojos que parecían dos trozos de cristal. Y sobre un cuello donde se marcaba, negruzca y horrible, la señal de la cuerda.

Aquel hombre, al ver a Murray, le dirigió una estrecha sonrisa.

Murray tragó saliva penosamente.

—¿Qué tal, míster Lane? —preguntó el hombre que estaba junto a la ventana.

—No me llame «míster Lane» con tanta ceremonia.

—Está bien; le llamaré «Lane» a secas. Pero es que no me acostumbro porque le debo muchos favores. Usted me ha traído

aquí y me mantiene en un buen Hotel después de arrancarme de las manos de aquel médico que no hacía más que torturarme día y noche. Estoy muy contento de haber dejado aquella población…, aquella población…, ¿cómo se llamaba?

—Elko.

—¡Ah, sí! Elko. Y esto es Carson City, ¿no?

—Exacto; la capital de Nevada.

—Claro, claro… Me lo dijo antes, ahora lo recuerdo.

Cuando entramos en la ciudad. Pero me es tan difícil acordarme de muchas cosas… Ya sé que usted me considerará un estúpido, puesto que otras personas se acuerdan de todo, y cuando les dicen una cosa no la olvidan fácilmente.

Murray le contempló mientras se quitaba los guantes poco a poco. Apenas nadie hubiese reconocido a Evans en aquel hombre más bien tímido, que pedía perdón por cualquier cosa y casi nunca se acordaba de nada. Sus facciones no habían cambiado, naturalmente, pero sus ojos sí, y sobre todo su manera de comportarse. Era como un hombre que a los treinta años hubiese vuelto a nacer. A Murray, cuando lo miraba, le daba una especie de pena. Y precisamente por eso lo había traído allí.

—¿Por qué estamos en Carson City? —preguntó de repente él.

—Es que usted tiene un rancho cerca de la ciudad.

—¿Yo?

—Sí. Un rancho que se llama «Siete Círculos». ¿No lo recuerda?

—Nunca oí hablar de él.

—Lo tiene a medias con otra persona.

Evans pareció hacer un esfuerzo.

—Es inútil; no consigo acordarme.

—Sí —explicó Murray con paciencia—; trate de recordar. Usted se llama Colbert. Tiene el rancho en sociedad con una persona llamada Key.

—Le repito que no me acuerdo. Siento molestarle, puesto que es usted muy bondadoso conmigo, pero no recuerdo absolutamente nada. Es como si mi vida empezara desde que le conocí a usted en casa de aquel médico. Por cierto —se interrumpió— sé que necesito confiar en usted, pero hay algunas cosas que aún no me ha explicado. —¿Cuáles?

—¿Por qué hace todo eso por mí?

—Tengo ese deber —dijo Murray, sin dar más explicaciones.

—No lo comprendo, pero si usted lo dice debe ser así. ¿Y por qué esta marca de la soga en el cuello? ¿Es que lían intentado ahorcarme alguna vez?

—¡Oh, no! —mintió Murray, fingiendo jovialidad—. Fue un accidente. Usted quedó enlazado en un concurso y por poco termina allí sus días; pero eso le hubiera podido pasar a cualquiera.

—Lamento no recordarlo tampoco. Por fin una última cosa: ¿por qué salimos de aquella ciudad, de Elko, de noche y sin avisar a nadie?

—Me gusta viajar de noche —dijo ambiguamente Murray. Y para cambiar de conversación—: ¿No quiere cenar algo?

—Claro que sí. Llevo aquí todo el día encerrado y verdad es que tengo apetito. ¿Me acompañará usted?

—Claro. Y también otra persona.

—¿Quién?

—Su socio Key, el que es junto con usted propietario del «Siete Círculos». Ha asegurado que vendría esta noche y lo esperamos de un momento a otro.

—No sé qué decirle, Lane. Me siento avergonzado. Si yo tengo un rancho a medias con ese tal Key, es que hemos sido grandes amigos en otro tiempo. ¿Cómo voy a decirle ahora que no me acuerdo en absoluto de él? ¿Qué impresión le causaré?

—No debe inquietarse por la impresión que le cause. Ya he previsto eso. Antes de que le vea hablaré con él y le explicaré lo del accidente. Por cierto, abróchese la camisa para que no se vea la señal de la cuerda.

—¡Ah, bien!

Se la abrochó precipitadamente. En aquel momento llamaron a la puerta.

—Entre.

La hoja de madera fue empujada para dar paso al dueño del Hotel, quien se inclinó ceremonioso.

—Tienen ustedes una visita. Se llama Key.

—Gracias. ¿Hay en este Hotel alguna otra habitación donde podamos hablar a solas?

—La del final del pasillo.

—Le ruego que lleve a Key allí.

El dueño del Hotel hizo otra inclinación —no lo hacía por cortesía, sino porque le infundían respeto los revólveres de Murray—, y cerró la puerta alejándose precipitadamente.

Murray se puso en pie.

—¿Quiere esperarme, Colbert? Yo hablaré con Key y luego entraremos a saludarle; no se preocupe, todo estará resuelto antes de que se vean.

—No sé cómo agradecérselo.

—Soy yo quien debería estarle agradecido.

Salió de la habitación y se dirigió a la que estaba al final del pasillo. El del Hotel ya debía haber introducido allí a Key. Valiente granuja debería ser el que tuviese un rancho a medias con Evans. Murray se preparó para una situación difícil.

Llamó con los nudillos a la puerta. —Adelante— dijo una voz.

Murray temió no haber oído bien.

Entró.

Entonces comprendió que había oído perfectamente.

Porque lo que le había invitado a entrar era una voz de mujer. Y la dueña de aquellas piernas cruzadas descuidadamente, de aquel busto agresivo, de aquellos labios intensamente rojos, era, desde luego, una mujer.

La más endiablada mujer que había visto en su vida.

CAPÍTULO VI

Ella descruzó las piernas.

Tenía gracia para moverse, una gracia felina y llena de vitalidad. Parecía haber en ella un impulso, una fuerza de juventud que la hacía aún más hermosa. Murray, el falso Lane, se fijó en sus movimientos mientras se resistía a cerrar la puerta. Y tuvo entonces La sensación de que la mujer quedaría para siempre grabada en su memoria, igual que si siempre la tuviera, como en una fotografía, delante de sus ojos.

Ella debía estar nerviosa. Con el tacón de uno de sus propios zapatos se hizo una carrera en la media al moverse. Luego se puso en pie y miró fijamente a Murray, cuya presencia, seguramente, no esperaba.

El tampoco esperaba encontrarse con una mujer así, la verdad. ¿Y aquél era el socio de Evans, el dueño a medias del rancho «Siete Círculos»?

—¿Se llama usted Key? —preguntó Murray.

Ella, en vez de contestar, hizo a su vez otra pregunta:

—¿Dónde está Evans?

—En la habitación contigua.

—¿Y por qué no puedo verle a él directamente? ¿Quién es usted?

Murray mintió:

—Me llamo Lane.

—Muy bien, Lane. ¿De dónde viene y qué hace aquí? ¿Por qué habla usted en lugar de Evans?

—Le he dicho que Evans está en una de estas habitaciones contiguas. Siéntese.

Ella obedeció, mirándole fijamente a los ojos.

—Me ha preguntado usted si me llamaba Key —dijo entonces—. Sí, ése es mi nombre: Elena Key. Y soy propietaria, junto con, Evans, de un rancho llamado «Siete Círculos», situado cerca aquí.

—Creí que Key era un hombre.

—Ya ve que se ha equivocado.

Murray penetró del todo en la habitación, fue hasta la ventana y se apoyó pensativamente en el alféizar.

—¿Qué edad tiene usted, Elena? —preguntó de repente.

—Veintitrés años.

—No comprendo cómo una muchacha de su edad puede tener un negocio en común con Evans, y sobre todo si ese negocio es un rancho situado en uno de los lugares más peligrosos de Nevada. La verdad, es una de las sorpresas más grandes que he recibido en mi vida. ¿Qué es lo que tienen ustedes en común? ¿Por qué se hicieron socios?

Ella sonrió, haciendo destacar aún más el rojo tentador de sus labios.

—¿Por qué ha de extrañarle que tengamos a medias un rancho si dentro de poco todo lo del uno va a ser del otro? Evans es mi prometido y pensamos casarnos dentro de pocas semanas…

Murray entrecerró los ojos.

No supo por qué, pero sintió odio.

Un extraño odio contra Evans, que sin mérito alguno por su parte había logrado ser amado por aquella mujer enloquecedora.

Susurró:

—¿Son prometidos?

—Sí. ¿Por qué pregunta eso?

—Es que es otra sorpresa.

—Por lo visto usted no hace más que sorprenderse desde que ha entrado en esta habitación.

—Así es.

—Dígame con franqueza: ¿qué le ocurre a Evans?

—Se lo explicaré.

Murray tomó asiento a horcajadas sobre una silla, apoyó ambos brazos en el respaldo y miró fijamente a la mujer, recorriendo una por una, con involuntaria admiración, todas las líneas de su cuerpo.

—Yo me llamo Lane —mintió—. Conocí a Evans durante unas carreras de caballos que se celebraron en Elko y nos hicimos

bastante amigos. Sabía que era un hombre que estaba viviendo al margen de la Ley, pero eso no me importó. Doy por descontado que usted sabe va que Evans no es precisamente un santo.

—Sí.

La tranquilidad de la mujer desconcertó un poco a Murray, que no obstante siguió explicando:

—Evans tuvo allí un grave accidente. Por pura casualidad, uno de los que hacían demostraciones de lazo le alcanzó y tiró de él durante unos segundos. Eso estuvo a punto de costar la vida a Evans, que, sin embargo, logró sobreponerse. Pero por la rotura o lesión de alguna arteria, su cerebro ha sido dañado.

Observó que la muchacha palidecía e hizo un breve alto.

—¿Me está diciendo la verdad? —preguntó ella.

Murray no supo qué contestar.

—¿No me estará diciendo todo esto para preparar la noticia de que Evans ha muerto? —susurró Elena Key.

—No. Le juro que Evans vive.

—Entonces déjeme verle. ¿Qué hacemos aquí? ¿Es que no comprende que necesito verle?

—He creído un deber prepararla antes, porque sin duda lo encontrará muy extraño. Puede que usted hubiera tenido una impresión… desagradable, si yo no le hubiese dado estas explicaciones. En pocas palabras: es posible que Evans no la reconozca.

—¿Qué dice? ¡Eso es absurdo!

—No se acuerda de su nombre, ni del accidente, ni de cosa alguna. Hay que explicárselo todo palabra por palabra porque es como si hubiera vuelto a nacer. Es absolutamente necesario reconstruir su vida entera.

La muchacha había palidecido aún más, y entrelazaba sus dedos nerviosamente.

—¿Oree que no me reconocerá a mí tampoco?

—Casi estoy seguro de que no.

—Nunca… había visto un caso igual.

—Porque es usted joven, pero en la guerra tuve ocasión de hallarme ante algunos heridos que durante meses y meses no recordaron ni su propio nombre.

Ella se llevó por un instante las manos a los ojos y musitó con un

soplo de voz:

—¡Cielo santo!

—Eso no es todo —musitó Murray.

—¿Es que todavía hay más?

—Sí. Evans ya no se llama Evans. Debe usted olvidar completamente ese nombre.

Ahora se llama Colbert.

—¿Con qué derecho emplea usted ésa superchería? —preguntó ella agresivamente—. ¿Y por qué?

Ahora sí que Murray fue absolutamente sincero.

—Evans era un pistolero reclamado por la Ley —explicó—. Su nombre iba unido a las ideas del crimen y de la violencia, y resultaba muy difícil que pudiese cambiar su vida, porque ya sabe usted que en el Oeste un nombre escrito con plomo, como el de Evans, acompaña a uno hasta su propia tumba. Por eso le he hecho creer que se llama Colbert y que toda su vida fue domador de caballos y ranchero. No acordándose de nada de su existencia anterior, empezará a vivir de nuevo, y lo importante es que empezará como un hombre honrado. Será como si Evans hubiese muerto.

Hizo una breve pausa y musitó:

—Sé que usted me comprenderá. El propósito que me impulsa a hacer todo esto es un propósito honrado. Yo no obtengo ningún beneficio con esta situación.

—Lo comprendo. Pero…, ¿por qué lo hace?

Murray se mordió el labio inferior.

—Tengo ese deber.

—No lo entiendo. ¿Qué le hizo usted a Evans? ¿Por qué se cree ahora en la obligación de ayudarle?

—Le ruego que no se ofenda si no le explico esto ahora. Son razones particulares las que me mueven a ayudar a Evans. Y no mencionemos ya más ese nombre. No olvide que se llama Colbert. ¿Quiere verlo?

—Claro que sí.

—Hágale creer que usted y él cuidaron del rancho durante mucho tiempo, y cuando lleguen al «Siete Círculos» advierta a los empleados y a los peones. Es necesario que nadie le haga recordar que él es Evans.

—¿Se da cuenta de que es muy difícil lo que me pide?

—SÍ, me doy cuenta. Pero es indispensable.

—Bien. Vamos.

El abrió la puerta. Para salir, la mujer casi le rozó. Era una mujer alta, poderosa, con más curvas que todas las lonas juntas de una caravana. Una mujer como ésas en las que sueñan los soldados cuando los emborrachan antes de una batalla.

Y al pensar que ella pertenecía a Evans, Murray sintió como un sordo dolor en el fondo del corazón.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen? —preguntó sin poderlo evitar.

—Tres años.

—Entonces usted debía ser vina chiquilla.

—Ya no lo era, míster Lane. Cuando yo tenía veinte años, hubo un juez en Dallas que hizo ahorcar a mi padre por cuatrero. Y yo lo hubiera pasado muy mal si no llega a salvarme Evans.

—¡Vaya! El bandido generoso, ¿no? —preguntó él en voz baja.

—¿Por qué lo dice en ese tono?

—Por nada. Discúlpeme.

Llegaron a la habitación donde se encontraba Evans.

—Recuérdelo. Colbert —advirtió él en voz baja.

Y abrió la puerta.

Evans estaba sentado junto a la ventana, en la misma posición en que él lo dejó poco antes. Al abrirse la puerta y distinguir a la mujer, sus ojos brillaron. Pero es que hubiesen brillado los ojos de cualquier hombre al ver a Elena Key. Luego quedó en una actitud más bien tímida, como si le asustara encontrarse ante aquella hermosa desconocida.

—Esta señorita es Elena Key —presentó Murray.

—¿Key? ¿No me había dicho que era un hombre?

—Esa sensación tenía yo también, pero ya ve que nos hemos equivocado. Elena que posee junto con usted el rancho «Siete Círculos». Ha venido expresamente a verle.

Evans se puso en pie.

El cuello de su camisa se entreabrió y fue posible ver la marca horrible de la cuerda.

Elena cerró los ojos.

—Supongo que usted, Colbert —dijo rápidamente el falso Lane

para aliviar la tensión—, tendrá interés envisitar cuanto antes su rancho. Le interesa pasar una temporada allí para reponerse.

—Si…, claro que sí.

—Iremos en seguida —dijo Elena—. Allí te repondrás. Claro que… —De pronto su voz cambió—. ¿Es que no te recuerdo nada?

—Le ruego que me dejen tiempo —suplicó Evans ¡Es todo tan confuso! Lane es el único amigo que tengo y gracias a él sé algunas cosas de mi vida pasada. Pero mi cabeza es un caos. Si realmente he tenido que ver algo con usted, señorita Key, déjeme unos días para recordarlo.

—Claro…, claro que sí —aseguró ella.

—¿Vamos? —preguntó Murray—. Yo pagaré la cuenta del Hotel.

—Vamos.

Los tres se dirigieron hacia la puerta. Pero de pronto, antes de que la abrieran, y de una manera impulsiva, Elena echó los brazos al cuello de Evans y le beso en plena boca.

Evans se quedó quieto, asombrado, como si no comprendiera aún que aquella mujer tan maravillosa pudiera besarle a él.

En cambio, Murray tuvo que morderse los labios hasta hacerse sangre.

Ella lo notó.

Porque mientras besaba a Evans, sus hermosos ojos estaban posados en el rostro de Murray.

CAPÍTULO VII

Mientras acariciaba suavemente sus revólveres con un movimiento maquinal, Murray preguntó a la mujer:

—¿Está muy lejos el rancho «Siete Círculos»?

Elena dejó de besar a Evans, que parecía tan asombrado como si aquel modesto hotel se hubiera convertido de pronto en un palacio.

—No. No está lejos —respondió ella—. Unas diez millas.

—¿Tiene algún medio para llevarnos hasta allí o prefiere que tomemos nuestros caballos?

—El terreno es malo y será mejor ir a caballo. Yo he venido así.

—Está bien. Vamos.

Había como una desconocida dureza en la voz de Murray.

Salieron los tres, la muchacha delante. Evans, al pasar junto a Murray, le preguntó en voz baja:

—Oiga, Lane: ¿de verdad conocía yo a esta mujer?

—Era su prometida.

—La verdad, no lo sospechaba.

—Yo tampoco.

Descendieron a la planta baja, y una vez allí, Murray pagó la cuenta, siéndole entregada una factura bajo el falso nombre de Lane. Hecho esto, salieron del local y montaron en los caballos que estaban amarrados ante la puerta.

Partieron al trote corto, saliendo en dirección norte, hacia los campamentos mineros que rodeaban la ciudad como un cinturón de miseria y de crimen.

Varias personas les vieron partir, pero entre esas persona destacaban especialmente un hombre y una mujer.

La mujer era bonita, elegante, con esa elegancia provocativa que sólo saben tener las mujeres que viven de su belleza. Dueña de uno

de las *saloons* más populares de Nevada, la mujer acababa de llegar a Carson City, procedente de Elko, y estaba hospedada en el más lujoso hotel de la ciudad. Asomada a la ventana para distraerse con el bullicio de la calle, vio pasar al trío.

Inmediatamente reconoció a Murray y a Evans, porque aquella mujer era ni más ni menos que Nora Duxon.

«No me había equivocado en mis suposiciones —dijo para sí—. He aquí que han venido a Carson City…».

Se volvió hacia el interior de la habitación, abrió la puerta y se dirigió al pistolero que la había acompañado durante todo el camino, el cual estaba en el pasillo montando la guardia como un perro de presa.

—Dos hombres y una mujer han salido ahora a caballo en dirección norte —dijo—. Debes seguirlos a cierta distancia, sin llamar la atención, y enterarte del sitio adónde van.

El pistolero no contestó. Hizo un signo afirmativo y salió a la calle en busca de su montura.

La segunda persona que se fijó en el trío fue un hombre que estaba en la puerta del *saloon* donde Murray había tenido que matar a Monty.

Ahora el cadáver de Monty se hallaba sobre las tablas del porche, y el hombre, con las piernas entreabiertas, estaba junto a él acariciando los revólveres, mientras veía pasar a los tres Jinetes.

—Monty y yo habíamos formado una excelente pareja —dijo en voz baja—. El hombre que le ha matado no verá la luna nueva.

—Tú siempre hablando como los indios, Sharkey —dijo uno que estaba tras él—. ¿No te han dicho que Monty fue el que inició la pelea, y que ese tipo lo mató justo cuando iba a asesinarle por la espalda?

—No importa. El que ha matado a Monty tiene que morir también.

—Te advierto que ese tipo es Murray.

—No lo creo. Murray está en Elko.

—Tienes razón —reconoció otro de los que rodeaban el cadáver —. Yo he estado hace un momento en el Hotel y he visto el libro-registro. Ese tipo se llama Lane.

—De todos modos insisto —dijo el que había hablado primero— en que se trata de Murray.

—Pronto lo sabremos —dijo Sharkey—. Sólo dos hombres en Nevada somos capaces de acertar a un hombre en el centro de la cabeza «sacando» a cuarenta pasos de distancia: Murray y yo. Le desafiaré situándome a cuarenta pasos, y sólo si es Murray podrá alcanzarme.

—Lo malo es que si te alcanza tú no podrás contarlo.

—Nadie me ha vencido aún en duelo a más de veinticinco pasos —dijo lúgubremente Sharkey.

—Seguro que van al «Siete Círculos» —explicó uno de los que estaban a su espalda—. Esa mujer es Elena Key, la dueña.

—Me quedaré con ella después de matar a ese hombre. Buen premio para un buen balazo.

Y después de comprobar la carga de sus revólveres montó a caballo, dirigiéndose también al rancho «Siete Círculos», pero por un camino distinto, para no llamar la atención.

El empresario de pompas fúnebres más acreditado que había en Carson City, se fue a tapizar un ataúd.

Sabía que dentro de un par de horas conseguiría venderlo.

* * *

Los tres jinetes dejaron a su espalda las últimas casas de la ciudad, construidas con tablones desiguales y piedra de las minas, y se acercaron al círculo de tiendas de campaña que rodeaba Carson City, y donde se alojaban todos los buscadores de minas que aún no habían logrado hacer ningún descubrimiento, todos los asesinos y jugadores y todas las damiselas de vida sospechosa que por una causa u otra aún no habían logrado encontrar empleo fijo en un *saloon.*

Fuera de los límites de la ciudad y antes de llegar al campamento, en una especie de tierra de nadie, se hallaba un carruaje detenido.

Murray lo vio. Era un carruaje, elegante, negro, con la capota de cuero echada hacia atrás.

En su interior había un hombre, cuyas ropas eran negras como el charolado del carruaje, y cuya gran barba blanca le tapaba la mayor parte del rostro. A su lado estaba sentado un tipo algo más joven, con un rifle sobre las rodillas y dos revólveres al cinto.

El hombre de la barba blanca miró también a Murray, cuando

éste clavaba sus ojos en él.

No se dijeron una palabra.

Pero Murray supo que tenía que volver.

El rancho «Siete Círculos» no era grande ni estaba asentado sobre una tierra demasiado buena, pero aun así resultaba el mejor de todos los contornos.

Había en él pocos vaqueros. Elena explicó que la mayor parte se hallaban reuniendo el ganado disperso y marcándolo.

—¿Se alojará usted aquí? —preguntó a Murray.

—Sí, en el caso de que usted no tenga inconveniente.

—¿Por qué iba a tenerlo? Hay sitio de sobra.

—En tal caso me quedaré, pero esta noche aún tengo que volver a Carson City. Me espera alguien allí.

—¿Una mujer?

Murray creyó notar que ella lo preguntaba con un especial retintín. Se encogió de hombros y dejó que Elena se imaginara lo que quisiese.

—No olvide —advirtió, cuando estuvo seguro de que su acompañante no les oía— que debe olvidar por completo el nombre de Evans. Llámele Colbert y procure no despertar demasiado su imaginación. Creo que ha hecho mal antes, en el Hotel, cuando le ha besado.

Ella se acercó un poco más. Sus labios intensamente rojos, entreabiertos, estaban casi junto a los labios de Murray.

—¿Le importa que yo haya besado a otro hombre?

Murray estuvo a punto de sujetarla brutalmente por la nuca, atraerla hacia sí y besarla hasta hacerle daño. Pero Evans les miraba ya. Y él tenía por hacer cosas mucho más importantes que besar a las mujeres.

—Ponga los labios donde le dé la gana —gruñó—. Para eso son suyos.

Dio media vuelta y montó de un salto en su caballo, alejándose de allí a un rabioso galope.

Cuando llegó de nuevo a la «tierra de nadie», entre la ciudad y los campamentos, el coche negro estaba todavía allí.

Murray desmontó y, tomando el caballo de la brida, se acercó al tipo de las solemnes barbas blancas.

Aquel hombre era el comisario, o delegado especial del

gobernador, para terminar con el pistolerismo en Nevada. Se decía que cuando empezó aquel trabajo tenía la barba negra; en cuatro meses se le había vuelto blanca.

Saludó a Murray con estas palabras:

—¿Cuándo le matan a usted?

—Veo que me desea un buen porvenir.

—Me gustaría saber qué hacía en compañía de ese granuja, de Evans. ¿Es que ya son amigos, maldita sea? ¿Por qué le salvó usted de la horca en Elko y luego se dio a la fuga con él, maldita sea? ¿Sabe lo que me ha costado encontrar su pista, maldita sea? ¿Qué es lo que ocurre, maldit…?

—… dita sea —terminó Murray.

—¡Estoy hablando en serio, condenado! Usted también está comisionado para terminar con el pistolerismo en Nevada y yo soy su superior. Quiero que me explique esto: ¿no estaba condenado Evans por haber asesinado a una muchacha llamada Shelby? ¿Por qué le salvó?

—Porque él no era el asesino. La persona que había matado a esa muchacha me lo confesó en el último momento. Me dijo también, en brevísimas palabras, que la había matado por celos, ya que Linda Shelby estaba teniendo en la ciudad demasiados admiradores.

—Eso quiere decir que el asesino fue una mujer.

—En efecto, pero no le diré su nombre.

—¿Y por qué salvó a Evans, maldita sea? Pudo no haber cometido ese delito, pero en cambio merecía la muerte por otros.

—A mí me han llamado «El justiciero» —explicó Murray en voz baja—, por mi respeto a la Ley. A Evans se le había condenado sólo por ese delito, y si de ese delito era inocente, no tenía por qué morir. Pero además no es sólo eso. A consecuencia del tirón de la cuerda, el cuello y el cerebro de Evans debieron sufrir alguna lesión y él ha perdido la memoria. No sabe ya quién es, no sabe que en otro tiempo fue un asesino y un mago del revólver. Y a usted puede parecerle absurdo, Lowell, pero pienso aprovechar esto para reeducar a Evans como si hubiese acabado de nacer otra vez para convertirle en un hombre de bien.

Lowell, el de la barba blanca, lanzó una brutal carcajada y dijo: «Maldita sea» tres o cuatro veces.

—¿Y ha venido a Carson City, eh, Murray?

—Aquí Evans no es tan conocido y puede emprender una nueva vida.

—Y usted estará a su lado tan incauto, ¿no? Igual que el que encuentra una serpiente agarrotada por el frío y la pone a calentar para que la pobrecita se despierte. ¿No se da cuenta de que apenas Evans recupere la memoria y lo recuerde todo, lo primero que hará será matarle?

—No creo que Evans vuelva a recordar.

—Pero ¿y si recuerda?… En ese sitio adonde han ido, ¿hay hombres que en caso necesario pudieran ayudar a Evans?

—Sí; hay varios hombres. Y lo que es peor: una mujer.

—Mientras que usted está solo, maldita sea. Dentro de unos días le habrán matado igual que a un perro.

—Puede que en este caso sea usted demasiado pesimista, Lowell, pero aunque usted estuviera en lo cierto yo no pienso volver atrás.

—¿Se da cuenta de que mientras usted trata de *educar* a Evans, muchos pistoleros que antes tenían miedo al fiscal Murray acamparán ahora a sus anchas por Nevada?

—Me doy cuenta.

¿Y no piensa volverse atrás?

—No.

—Para mí ya no vale usted ni el precio de su cadáver, Murray.

—Mi cadáver está en venta hace mucho tiempo.

Murray dio un enérgico tirón a su barba y luego golpeó con las riendas las ancas del caballo.

—Pues por ese cadáver —dijo mientras se alejaba— no doy yo ni diez centavos mordidos por una rata.

CAPÍTULO VIII

El primer pasajero que descendió de la diligencia recibió un balazo a la altura del corazón.

Cayó hacia adelante, lanzando un grito gutural, mientras en su rostro se marcaba una expresión de estupor antes de que a ella asomara el rictus de la muerte.

—Pero… —balbució.

El pistolero que acababa de matarle sopló en el cañón del arma.

—Otro —dijo.

Por la portezuela de la diligencia asomó el rostro de una mujer.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Nos habíamos rendido! ¡Íbamos a entregar todo nuestro dinero! ¡Ese hombre salía ya con los brazos en alto!

Los pistoleros que rodeaban el vehículo lanzaron una carcajada.

—Claro, nena…

—¡Son como bestias salvajes que no merecen ni la horca! —gimió ella—. ¡Deberían arrastrarlos detrás de un caballo…!

El que había disparado antes, levantó su revólver otra vez y miró al que parecía el jefe, un tipo montado a caballo a unas diez yardas de distancia y que lo contemplaba todo con expresión divertida. Ese tipo tenía una larga cicatriz cruzándole de lado a lado la cara.

—¿Disparo? —preguntó el del revólver.

—No. Sería una lástima estropear a una mujercita así. ¿No sabéis, idiotas, que una mujer rinde más servicio viva que muerta? Por lo pronto nos la llevaremos y yo tendré una interesante conversación con ella.

La mujer se revolvió. Al ver al tipo de la cicatriz, al ver su sonrisa cínica, se estremeció de horror.

—¡No conseguiréis nada de mí! —gritó—. ¡No conseguiréis na…!

El pistolero que estaba más cerca le cortó la frase propinándole brutalmente en el rostro un revés con la mano derecha.

La mujer cayó a tierra, pero no quedó allí como una niña indefensa. Era joven y lista. Ai caer se sujetó al pistolero que acababa de golpearla y tiró su revólver izquierdo, empuñándolo con rabia.

El pistolero gritó:

—¡Maldita…!

La bala disparada por la mujer le atravesó la cabeza, después de penetrarle por entre las cejas, y le saltó limpiamente la tapa de los sesos. El pistolero murió con un chillido de horror que casi parecía femenino. Luego la mujer se revolvió, todavía con el revólver en la mano.

El pistolero de la cicatriz comprendió que la próxima bala sería para él.

Movió la derecha suavemente disparando a través de la funda con la habilidad de un auténtico maestro. La bala atravesó el corazón de la muchacha, que echó la cabeza hacia atrás bruscamente y quedó muerta sobre el polvo, con los labios entreabiertos.

Los cuatro pistoleros vivos que ahora rodeaban la diligencia la contemplaron fijamente.

Era muy bonita, Luke —dijo uno de ellos, mirando al de la cicatriz—. Has hecho mal en matarla. Yo creo que una bala al brazo o a la mano habría sido suficiente.

—Me gustan las mujeres, pero no las gatas rabiosas —dijo Luke —. Mirad si lleva dinero o sortijas.

Ya no quedaba ningún pasajero vivo en la diligencia. El mayoral y su ayudante habían muerto durante, la persecución, así como dos de los pasajeros. Los otros dos —la muchacha y el hombre de los brazos en alto— acababan de ser asesinados.

Los pistoleros se dedicaron al saqueo. La diligencia transportaba unos diez mil dólares en billetes para el Banco local. En sus bolsillos los pasajeros llevaban unos cinco mil dólares más entre oro y billetes. En cuanto a la muchacha muerta, llevaba dos o tres valiosas alhajas.

Sobre todo una de ellas, una pulsera de brillantes, llamó inmediatamente la atención de Luke.

—A ver; dejádmela.

Después de examinarla se la entregó a uno de sus pistoleros.

—¿Cuánto crees que vale, Phil?

El llamado Phil miró los brillantes al trasluz, comprobó su talla y los manoseó durante algunos minutos.

—Son brillantes legítimos y de lo más fino que he visto. Esto no se vende en ninguna parte por menos de cincuenta mil dólares.

Devolvió la pulsera a Luke, que la guardó cuidadosamente en uno de los bolsillos de su chaleco de piel.

—No ha sido mal golpe. ¡Podemos irnos! —gritó.

Los pistoleros montaron en sus cabalgaduras y salieron a galope de allí, dejando a sus espaldas la diligencia acribillada a balazos y seis personas muertas y bañadas en su propia sangre.

Media hora después, atraídos por su misterioso instinto, los buitres del desierto empezaron a planear sobre los muertos.

Los buitres son animales prudentes y cobardes. No hacen un solo movimiento en falso y se aseguran bien de que su presa está inmóvil antes de caer sobre ella. Esto les hizo estar cerca de media hora más observando a los cadáveres desde los cactos y los mezquites que jalonaban la ruta de las diligencias. Luego, el primero de los buitres batió siniestramente las alas y se lanzó graznando sobre el cadáver de la muchacha.

Iba a clavar su pico en la carne joven, que aún parecía conservar el calor de la vida, cuando una bala lanzada con increíble puntería desde más de cien yardas de distancia, le voló la cabeza partiéndosela en treinta pedazos.

Los demás buitres lanzaron graznidos al aire y se alejaron rápidamente con su siniestro batir de alas.

Dos jinetes llegaron entonces a galope junto a la diligencia atacada. Eran un hombre y una mujer.

—Buen disparo —dijo ella—. Parece increíble. Has acertado a ese bicho en mitad de la cabeza.

Murray, el falso Lane, guardó el revólver que todavía conservaba en la diestra y dirigió a todo aquello una mirada circular.

—Es horrible… —susurró.

—Casi no puedo creerlo —musitó Elena Key, con los ojos

entrecerrados—. De lejos no parecía tan siniestro. Los han matado a todos, y en cuanto a esa pobre muchacha…

Murray saltó del caballo y se cercioró de que estaba muerta, aun cuando ya cabía asegurarlo por cuanto la presencia de aquel buitre sobre su cuerpo había sido algo así como un certificado de defunción.

—Le han atravesado el corazón —dijo—. Buen tirador el que lo haya hecho.

—Es horrible… —repitió ella.

—Verdaderamente, salir del «Siete Círculos» a pasear y encontrarse con esto, no es nada agradable…

—Antes los pistoleros apenas actuaban por aquí.

—¿Quieres decir que se dedicaban más bien a los que habían descubierto minas?

—Así es. Todo el que denunciaba un yacimiento en el registro de Carson City, se exponía a morir si no estaba bien protegido. Hasta ahora la comarca se caracterizaba precisamente por eso: los fuera de la Ley, que forman una verdadera legión, se dedicaban sobre todo a los yacimientos mineros y a robar a sus propietarios cuando éstos habían comenzado a explotarlos.

—¿Quiere esto decir que no se producían apenas asaltos a las diligencias? —preguntó Murray.

—Siempre se han producido, puesto que Nevada es tierra de forajidos —dijo él—, pero no con esta intensidad. Es el tercer asalto que se produce en una semana. Justo todo el tiempo que lleváis aquí.

Murray contempló a los muertos. Era verdad. Había transcurrido una semana desde que él, con el nombre de Lane, y Evans, con el nombre de Colbert, llegaron a Carson City.

¡Y en una semana cuántas cosas habían ocurrido! ¡Cuántas emociones hasta entonces desconocidas había llegado a sentir!

—Sí —dijo—. Parece como si sobre esta comarca se hubiera abatido una ola de terror. Como si una banda perfectamente organizada hubiese comenzado a actuar.

—Es que sin duda se trata de una banda perfectamente organizada, y además dirigida por un jefe muy inteligente —susurró Elena.

—Parece como si no sintieran ningún temor. Atacan a las

diligencias a dos pasos de los lugares habitados.

—Es que antes —explicó ella— había alguien que hacía condenar a la última pena a todos los pistoleros de Nevada.

—*¿Ah*, sí? —preguntó él, fingiendo desinterés.

—Sí. Un fiscal nombrado especialmente por el gobierno. Un hombre llamado Murray.

El se mordió los labios.

—Murray… Le oído nombrar.

—Nadie sabe dónde estará ahora. Ha desaparecido, y los pistoleros se crecen. Saben que los demás fiscales tienen miedo o están comprados. Prácticamente en Nevada no habrá Ley durante un tiempo, porque la Ley no será aplicada a los culpables.

—He oído decir —susurró él, mirándola a los ojos— que Murray fue el que salvó a Evans de la horca porque en el último segundo supo que era inocente del crimen por el cual le iban a colgar.

Sí, yo también he oído decir eso —contestó Elena Key en tono despectivo—. ¡Por algo llaman a Murray «El Justiciero»! Pero si él no hubiese acusado a Evans con tanta saña, se habría evitado todo eso.

—Es cierto —reconoció él—. Creo que Murray se equivocó esa vez, pero según parece intentó reparar su error.

—No basta —dijo ella, con el mismo tono despectivo—. Murray ha destrozado a Evans, le ha hecho perder la memoria y lo ha convertido en un guiñapo que no pronuncia ni su propio nombre. Si alguna vez aparece por aquí lo mataré… Y si Evans logra recordar algo, lo matará también. Es como si Murray ya estuviese condenado a muerte.

—Cierto —volvió a reconocer él.

Mientras tanto, iba mirando a la joven fijamente.

—¿Tú sabías que Evans era un pistolero? —preguntó directamente.

—Si.

—¿Y cómo estabas enamorada de él? Tú me has parecido una mujer honrada. Posees un rancho y cuidas de él; te he visto trabajar de sol a sol, pasar puntualmente a tus empleados y a tus acreedores, vender al justo precio, negarte a comprar pequeñas partidas de reses robadas… En fin, has estado haciendo todo lo que haría el más honesto de los rancheros. ¿Cómo entonces puedes estar

enamorada del pistolero Evans?

—El me ayudó mucho en otras circunstancias. Me salvó la vida.

—Eso merece gratitud, pero no amor.

—Compró este rancho y me lo ofreció a medias. Cuando acepté yo no sabía aún a qué se dedicaba. Creía que compraba ganado para transportarlo de un sitio a otro y que por eso estaba siempre viajando. Luego, cuando me enteré de quién era… ya me había convertido en su prometida. Me avergonzó volverme atrás. Supe que podría hacerle cambiar y ser otro hombre. Continuamente le rogaba que volviese al «Siete Círculos», y él me lo había prometido.

Murray sonrió sin ganas.

—¿Por qué las mujeres tendréis siempre la manía y la esperanza de hacer cambiar a los hombres?

—Debe ser nuestro destino —dijo ella—. Como el destino de Murray será la tumba.

El tragó saliva lentamente Todo el aire parecía impregnado de polvo y de olor a caballo y a muerto.

—Vamos a abrir unas sepulturas —dijo—. No podemos dejar los cadáveres así, o volverían los buitres.

En la diligencia había herramientas. Murray tomó dos azadones y, ayudado por la muchacha, abrió cinco sepulturas, donde fueron depositados los cadáveres.

Al introducir el de la muerta, él se fijó en la señal que había en su muñeca izquierda.

—Este joven había llevado una pulsera —observó—. La piel está más blanca en el sitio donde la llevaba ajustada. Una pulsera de piedras pequeñas, seguramente, con engarces en forma de corazón.

—Eres muy observador —comentó Elena.

—Siempre lo he sido. Como por ejemplo observo también que este muerto pertenecía al grupo de los pistoleros. La lástima es que no le conozco y no puede servir para ninguna pista.

Comenzó a cubrir de tierra a los muertos. Al terminar, Elena y él chorreaban de sudor.

—¿No avisarás al *sheriff* de Carson City? —preguntó Murray.

—Está herido, y sus ayudantes no sirven para nada. Me limitaré a escribir a la Compañía propietaria de la diligencia. Ellos sabrán lo que tienen que hacer.

—Como te parezca.

Montaron a caballo nuevamente y emprendieron el regreso al «Siete Círculos», que estaba a unas siete millas de distancia de allí.

Murray se fijaba disimuladamente en la mujer, en aquella mujer joven, palpitante, apasionada, que sabía ser fiel a un pistolero por el simple hecho de que aún soñaba verlo convertido en un hombre honrado. Se dijo, mientras se mordía los labios para no expresarlo en voz alta, que nunca había conocido una mujer así.

De pronto ella se volvió para preguntar:

—¿Dónde crees que estará Murray?

—No lo sé. Nevada es grande. Resulta difícil decirlo.

—Me gustaría encontrarlo.

—¿Para qué?

—Para vengar a Evans. Para decirle lo que pienso de él y luego clavarle una bala entre los ojos.

Murray desvió la mirada y tragó saliva otra vez.

—Ya lo encontrarás algún día —dijo.

Llegaban en aquel momento a la vista del rancho «Siete Círculos», cuyas edificaciones se extendían sobre la llanura.

—Lo buscaré por donde haga falta —dijo ella, como quien está repitiendo una idea que ha llegado a obsesionarle.

Murray estuvo a punto de decirle la verdad, pero se contuvo. Nada ganaría con ello.

Aún quería salvar a Evans, ayudarle a reconstruir su vida.

Luego sonrió.

—Puede que Murray tenga suerte —dijo—. No a todo el mundo le mata una mujer como tú…

CAPÍTULO IX

—Nunca había tocado un revólver como éste —dijo Evans—. Debe ser difícil de manejar.

Murray guardó silenciosamente el «Colt» que le había tendido para que él lo sopesase. Estaban junto a la alegre chimenea del rancho, dos horas después de la cena, viendo el chisporroteo de las llamas sobre los leños. No hacía calor, sino todo lo contrario, porque durante la noche la temperatura cambia bruscamente en los desiertos.

Se hallaban solos él, Elena y Evans.

Elena miraba el «Colt».

—¿De verdad no habías tocado nunca un revólver como éste, Colbert? —preguntó mirándole.

—Yo creo que no.

—Colbert ha sido siempre un hombre pacífico —dijo Murray.

—Y me alegro de haberlo sido.

—Tienes que estar muy agradecido a Lane —dijo Elena mientras le tendía un nuevo pocillo de café—. De no ser por él es posible que hubieses muerto en aquel accidente.

—Mi gratitud hacia Lane es enorme.

Bebió un sorbo lentamente y dijo:

—Quiero empezar a ser útil. ¿Por qué no podría ayudar en las tareas del rancho?

Elena miró fugazmente a Murray, como consultándole con los ojos qué era lo que debían hacer.

Y se encontró con que el hombre ya la estaba mirando. Muchas veces le sorprendía así, con los ojos clavados en ella, y entonces sentía como una dolorosa, secreta y extraña emoción, porque se daba cuenta de que una pasión oculta palpitaba en los ojos del

hombre.

Murray dijo:

—Claro que puedes ayudar, Colbert. Te conviene. Puedes llegar a ser un magnífico ranchero si decides establecerte aquí.

—Claro que se establecerá —dijo Elena Key.

—Mañana empezaré a ayudaros a marcar el ganado —explicó Evans—, porque me he fijado estos días en cómo lo hacéis y me parece muy sencillo. Sé montar a caballo y creo que no tiraría mal el lazo.

—Por supuesto que no —dijo Murray—. Acabas de tener una excelente idea, Colbert.

Te felicito.

—Si hoy vuelvo a ser un hombre te lo debo sólo a ti, Lane.

Bebió pensativamente otro sorbo del pocillo de café y dijo mirándolos a los dos:

—Pero la verdad es que aquí nos divertimos muy poco. Llevo una semana en el rancho y aún no he vuelto a Carson City, que tiene fama de ser ciudad alegre y donde se bebe el mejor licor de toda la zona de las Rocosas. ¿No pudríamos darnos un paseo por allí?

—Carson City es una ciudad poco segura —dijo Elena, con inquietud.

—Y hay en ella más pistoleros que nunca —reafirmó Murray—. Esta semana han sido asaltadas tres diligencias, no quedando en ellas ni un solo testigo con vida.

Evans se sorprendió.

—¡Tres diligencias! ¡Eso es una barbaridad para tan sólo siete días! ¿Por qué no me habíais dicho nada?

—¡Por no intranquilizarte!

—¡Ni que fuera un enfermo! —Evans se puso en pie e hizo destacar su poderosa musculatura—. Tonterías. Y además eso no tiene nada que ver con nuestro paseo por Carson City. —Lanzó una carcajada y preguntó—: ¿Es que tenemos aspecto de diligencia?

—Iremos —accedió Elena, encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, puede que encontremos allí a un hombre llamado Murray.

—¿Murray?

Evans puso un momento los ojos en blanco, como si intentase recordar. El antiguo fiscal del Gobierno volvió la cabeza hacia él

para observarle fijamente.

Pero Evans terminó encogiéndose de hombros.

—Ese nombre no me dice nada. ¿Para qué quieres verle, Elena? Espero que no será un rival mío. Bueno, ¿vamos a Carson City?

Todos se pusieron en pie.

En los días transcurridos, Evans había aceptado todas las explicaciones que se le dieron acerca de su vida pasada. Daba por descontado que él llevó hasta entonces una vida pacífica, que Elena era su prometida y que se casarían pronto. Aunque no besaba casi nunca a la muchacha, todo aquello era un suplicio inaguantable para Murray.

Porque se daba cuenta de que ella era la única mujer que le había interesado de verdad en su vida entera. Porque veía que iba a ponerla materialmente en las manos de Evans y a partir del momento en que se casasen estaría obligado a olvidarla para siempre.

Pero era su deber. El quería reparar su equivocación. Quería salvar a Evans y convertirlo en un hombre honrado, aunque eso le costase a él la vida y algo que todavía le haría sufrir más: el corazón.

Sin querer mirar a Elena, salió para dirigirse a las cuadras y ensilló tres caballos.

Luego partieron.

La noche era estrellada y tranquila, aunque fría a causa del vientecillo que venía del desierto. Tras media hora de galope divisaron las luces de Carson City. La ciudad estallaba de animación y se hallaba en aquel momento. —Hacia la medianoche— en el apogeo de sus *saloons*, sus garitos y sus calles, donde se mataba y se mona por menos de diez centavos.

Los tres jinetes pasaron ante varios *saloons* y luego el mismo Evans señaló uno que estaba algo más allá.

Era aquél en que Murray tuvo que matar a un hombre llamado Monty el mismo día de su llegada.

—Bueno… —Se encogió de hombros.

Descabalgaron, ataron sus monturas a la barra situada delante del porche y penetraron en el *saloon*.

El silencio era absoluto dentro de éste. Vieron que la gente se había apiñado a un lado, dejando libre el resto del local. Dos

hombres situados uno frente al otro se miraban fijamente, a punto de desafiarse.

Y de pronto sonó un disparo.

Desde la puerta vieron caer al hombre que estaba situado más cerca de ellos, el cual recibió la bala en el centro de la cabeza antes de tener tiempo para «sacar».

El otro, el vencedor, lanzó una carcajada y guardó su revólver, tomando luego una botella de *whisky* de la barra.

—No es tan sencillo matar a Warren —dijo en voz alta—. Ese imbécil lo pretendió y todos habéis visto cuál ha sido su fin. Magnífico, ¿no? Pero para que no se vaya tan triste al Valle de Josafat, lo alegraremos un poco…

Entonces Murray miró a Evans, que no llevaba armas.

—Mejor será que saques a Elena de aquí.

—Bien.

Evans la tomó del brazo y fue a sacarla. Pero Warren se había fijado ya en ella. Sus ojillos brillaron divertidos al ver lo bonita que era y lo mal defendida que estaba.

—No te vayas tan pronto —dijo—. Te Invito a beber.

Elena no hizo caso, y acompañada por Evans se dispuso a salir del local. Pero el pistolero desenfundó otra vez y tiró a los pies de la muchacha, haciéndola dar un salto.

—¡He dicho que no te vayas!

Evans se volvió también.

—No tengo armas —dijo.

—¡Porque eres un cobarde!

—Más vale que reflexione, amigo —intercedió Murray, quien lo que menos quería era llamar la atención—. Matar a un hombre desarmado es un asesinato y se castiga con la horca.

—¡Yo ya estoy condenado a la horca cuatro veces! —rió—. ¿Crees que me importa estar condenado cinco?

—Guarda ese revólver —advirtió fríamente Murray.

—¿Ah, sí? ¿Tenemos otro gallito?

—He dicho que lo guardes.

Sin hacer caso, Warren levantó su arma y fue a disparar fríamente contra Evans, que aún sujetaba por el brazo a la mujer.

Y entonces sucedió algo increíble.

Parecía mentira que un hombre pudiese tener tanta rapidez.

Warren ya estaba apuntando y, sin embargo, no llegó a tiempo. Murray, a través de la funda, hizo fuego dos veces, moviendo la derecha con una velocidad fantástica. Y las dos balas alcanzaron a Warren en la cabeza, dejándole irreconocible. Todo fue tan rápido y cruento que de entre los espectadores se elevó un grito de horror. Murray encajó el revólver Y dijo:

—Vámonos pronto de aquí.

Pero alguien que estaba acodado en la barra le hizo una seña.

—No tan de prisa, amigo…

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó Murray.

—Nada. Sencillamente que yo era amigo de un hombre llamado Monty, a quien usted mató aquí mismo hace una semana…

CAPÍTULO X

Murray supo que tendría que matarle también.

Tenía enfrente al tipo clásico del pistolero profesional, al tipo del hombre que vive mejor o peor, según el prestigio que tenga su gatillo. Si le había desafiado ya, continuaría desafiándole hasta que muriese uno de los dos.

Pero aun sabiendo que aquel tipo no quería ni podía retroceder, aún intentó suavizar las cosas.

—Si maté a su amigo Monty fue porque él se lo buscó —dijo—. Estuvo a punto de asesinarme por la espalda.

—Tú fuiste quién le asesinó.

—Creo que habrá testigos de todo lo contrario…

—¡Basta! —gritó el pistolero—. Prometí ante el cadáver de Monty que te liquidaría y pienso hacerlo. Te haré caer de rodillas ante todos los que hay ahora en el *saloon*. Pero antes quiero enterarme de algo. Yo soy muy curioso, ¿sabes? Muy curioso.

—Si te interesa saber con qué revólver voy a matarte, puede que te lo diga.

—No; me interesa saber otra cosa.

—¿Y qué es?

—Tu verdadero nombre.

Murray palideció, a pesar de sus esfuerzos por mantenerle sereno. Sabía que Evans y Elena Key le estaban observando. Sabía también que si aquel pistolero pronunciaba una sola vez la palabra «Murray», todo su esfuerzo y todo su sacrificio podían venirse abajo, ahogándose en un río de sangre.

Por eso aparentó tomar la pregunta a risa.

—Me llamo Lane —dijo al cabo de unos instantes—. ¿Quieres que te enseñe el biberón que tomaba cuando niño? Tiene mis

iniciales.

—¡Oh, no! Me basta tu palabra.

—Entonces dejemos zanjada la cuestión.

—Esta cuestión sólo puede quedar zanjada cuando te levante a ti la tapa de los sesos.

Pero la verdad es que antes tengo también curiosidad por saber otra cosa.

—Si tanto preguntas, cuando lo sepas todo nos habremos muerto de viejos los dos.

—No tendrás esa suerte. Lo que quiero saber es una cosa muy sencilla: si serías capaz de desafiarte conmigo a cuarenta pasos de distancia.

—Eso es mucho.

—Pero yo acierto.

—¿Cómo te llamas?

—Sharkey.

Murray se mordió los labios. Aquello no era una bravuconada. Oyó cierta vez hablar de un tipo llamado Sharkey que había matado limpiamente a dos enemigos «sacando» a cuarenta pasos de distancia.

—Creo que yo también puedo acertar —dijo.

Lo suponía.

—¿Y por qué lo suponías?

—Porque sólo hay dos tipos en el Oeste que maten al primer balazo «sacando» a esa distancia. Yo, Sharkey, y un tipo llamado Murray.

Murray no se dio cuenta de que se había hecho sangre en el labio inferior, después de mordérselo otra vez salvajemente.

—¿Tiene cuarenta pasos este *saloon*? —preguntó.

—Justos, desde la pared del fondo hasta la puerta. Los he contado. Y para tu tranquilidad te diré que ayer maté a un hombre aquí, «sacando» a esa distancia. —Muy bien. Entonces ya tendrás compañía cuanto atravieses la frontera del Más Allá con el corazón agujereado. Elige terreno.

—La pared del fondo.

—Yo me iré situando junto a la puerta. Cuando mi espalda toque los batientes, ya puedes disparar.

—Las balas te echarán a la calle —rió Sharkey—. Buena

propaganda para el *saloon*. Fueron retrocediendo los dos, con las manos a la altura de las culatas, arqueando los brazos y con las miradas clavadas una en otra. Murray, al retroceder, pasó junto a Evans, que parecía contemplar asombrado la escena, y junto a Elena Key.

—No sabía que tirases de ese modo… —farfulló Evans.

—Esto lo hago sólo por animar el ambiente.

Elena susurró:

—Nos estás dando muchas sorpresas…, Lane.

El la miró. Y halló en los ojos de Elena una expresión que le hizo estremecer.

En aquel momento sus espaldas rozaron los batientes de la puerta.

Sharkey gritó:

—¡Muere!

Y sacó su revólver izquierdo con una velocidad de vértigo, apretando el gatillo. Tuvo la sensación de que su revólver se había movido unas centésimas de pulgada, levantándose demasiado en el momento del retroceso. «Condenado cacharro…», pensó. Pero no era el revólver. Era él.

Sólo cuando oyó el grito de estupor que a su lado levantaban los espectadores, se dio cuenta de que le faltaba el aire y de que sentía como si una garra le estuviese arañando el corazón.

La bala le había atravesado exactamente el ventrículo izquierdo, y Sharkey cayó primero de rodillas y luego de bruces mientras lanzaba un grito de sorpresa y de horror.

Murray, que había disparado en fracciones de segundo, sin extender ni siquiera el brazo, guardó el revólver mecánicamente mientras veía caer a su enemigo al otro lado del local.

Los testigos estaban asombrados.

No es nada difícil acertar a un hombre a cuarenta pasos de distancia si uno tiene tiempo de apuntarle, pero «sacando» y tirando en fracciones de segundo, es una auténtica proeza alcanzarle en el corazón.

Todo el mundo lo sabía, y por eso todo el mundo se apresuró a felicitar a Murray.

Pero el ex fiscal del Gobierno lo que menos deseaba eran las felicitaciones y los comentarios. No quería llamar la atención

porque de lo contrario peligraría todo. Por eso hizo ademán de salir, tras hacer una seña a Elena y a Evans.

Éstos le siguieron.

—Estoy asombrado —murmuró Evans—. Nunca había visto tirar así. ¿Quién dijo Sharkey que era el otro tipo capaz de hacer eso?

—No tiene importancia. No me acuerdo del nombre.

Pero Elena Key lo dijo.

—Habló de un tal Murray.

—Como si hubiera querido decir otro nombre. Ya se sabe. La gente habla mucho cuando está nerviosa.

—Claro. Pero ese hombre no parecía nervioso. De todos modos puede que quisiera decir otra cosa.

Montaron a caballo.

Unos minutos después se habían alejado del *saloon* y partían a galope hacia el extremo norte de la población.

Una mujer que llevaba un ceñido vestido negro adornado con lentejuelas, les vio salir desde la ventana de su habitación de hotel, mientras introducía un cigarrillo en su larga boquilla de marfil.

—Murray… —susurró—. Y hay que ver cómo le mira la chica. Las mujeres sólo miramos así a un hombre cuando le vamos a matar o vamos a darle un beso.

Murray no pudo dormir.

Todo se mezcló en su cerebro durante aquella noche interminable. El asalto a la diligencia, el repugnante buitre sobre el cuerpo de la muchacha muerta, el desafío en el *saloon*, las palabras que pronunció su enemigo…

Se daba cuenta de que no podría intentar disimular por más tiempo su verdadera personalidad. Milagro parecía que no lo hubiesen descubierto ya. El «Siete Círculos» estaba bastante aislado y mientras estuviese allí podía considerarse relativamente seguro, pero cuando fuese a Carson City la próxima vez, la gente ya le llamaría Murray a voz en grito.

Y el que le descubriesen no le importaba por él, sino por Evans y sobre todo por Elena Key. Elena querría matarle, no comprendería que el único sentimiento que le guiaba era la caridad. Y Evans podría recordar cosas que le convirtiesen de nuevo en un pistolero temible.

En contra de su costumbre, que era ayudar a los vaqueros, salió

muy de mañana y se perdió en la lejanía para buscar con mayor tranquilidad huellas de los que habían asaltado la diligencia. No encontró nada extraordinario y regresó al «Siete Círculos» cuando era ya mediodía.

Vio una inusitada animación en torno al porche del edificio principal. Estaban allí varios peones, Evans, Elena y un tipo con estrella de latón que debía ser comisario del *sheriff*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Murray, descabalgando.

El comisario le miró.

Han asaltado el Banco Minero.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Cuando todo estaba en el apogeo de su animación. Un golpe audaz y ejecutado por hombres crueles y de una fría inteligencia.

—¿Cuántos eran?

—Sólo cuatro.

Murray, sin darse cuenta, estaba haciendo preguntas como sí fuera otra vez el fiscal.

Todos le miraban.

—¿Algún muerto?

—Tres empleados del Banco.

—¿Y de los asaltantes?

—Ninguno. Han obrado con una rapidez inusitada y tirando a matar en seguida. Cuando hemos querido reaccionar, ya era demasiado tarde.

—¿Se ha fijado alguien en cualquier cosa que distinguiera a esos atracadores? —siguió preguntando Murray.

—Sí. Uno de ellos tenía una cicatriz cruzándole la cara.

—Entonces era Luke —contestó Murray, sin vacilar.

—¿Cómo lo sabe tan bien? ¡Diablos! ¡Ni que usted formara parte de esa banda!

—Hubo un tiempo ya lejano en que conocí a casi todos los pistoleros de Nevada.

Se produjo un momentáneo silencio. Murray se daba cuenta de que los ojos de Elena estaban fijos en él. Luego el comisario estalló:

—¡Es necesario que formemos una milicia de voluntarios para defender este condado! ¡He venido para eso! ¡Esto se ha convertido en la tierra del diablo, y desde que no está Murray los pistoleros son

más crueles y audaces cada vez!

—¿Qué tiene que ver Murray? —preguntó Elena.

—Sabían que era un fiscal incorruptible y que además se reía de las amenazas. Por eso le tenían miedo y se marchaban a otro territorio o terminaban cambiando de vida. Pero ahora Murray ha desaparecido. Volvemos a estar sin nadie que se atreva a aplicar la Ley.

—¿Por qué no lo buscan? —siguió preguntando Elena.

El comisario se encogió de hombros.

—Circulan muchos rumores absurdos —dijo—, pero exactamente nadie sabe dónde está.

—En fin, puedo ofrecerle dos hombres para la milicia de voluntarios —dijo Elena—. No será difícil elegirlos entre el personal. ¿Quiere ver usted mismo quién se ofrece, comisario?

—Claro que sí.

El de la estrella se alejó hacia los barracones del personal, acompañado por los vaqueros y por Evans. Elena Key y Murray quedaron solos durante un momento.

Elena tenía en los labios una estrecha sonrisa.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó.

Murray la sujetó brutalmente por detrás de la nuca, la atrajo hacia sí y la besó en la boca sin decir una palabra.

Luego la soltó con la misma violencia, le dio la espalda y se alejó rápidamente de allí.

CAPÍTULO XI

Aquel beso todavía le hacía daño en la boca.

Miró con odio, casi con desdén, a los dos hombres cuando éstos arqueaban sus brazos sobre los revólveres.

Uno de esos dos hombres era el que la había besado en el rancho, el que ella conocía por Lane. El otro era un joven zanquilargo, famoso por su puntería, llamado Holsen.

Se encontraban en el principal almacén de Carson City, adonde Elena Key había pedido al falso Lane que la acompañase para comprar provisiones. Y cuando estaban encargando los géneros había entrado Holsen.

La verdad era que Elena esperaba que algo así ocurriese. Esperaba que obligando a Lane a ir a Carson City otra vez, alguien le reconocería y le obligaría a decir su verdadero nombre.

Y el que había aparecido era Holsen, un tipo de cuya existencia ni siquiera se acordaba. Pero Holsen había venido allí a matar.

Pronto dijo por qué.

—Mi prometida venía en la diligencia que fue asaltada hace dos días —susurró mientras acercaba peligrosamente la mano derecha a la culata del revólver.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —preguntó el falso Lane.

—Ella fue asesinada.

—Muy bien. ¿Y qué?

—Venía a Carson City a casarse conmigo. Hoy precisamente tenía que haber sido mi mujer… ¡Y hoy precisamente he tenido que desenterrar su cadáver en la maldita llanura!

—Lo siento. ¿Cree que me alegran esas cosas? ¿Por qué me las dice?

—Ella traía la pulsera de prometida, una pulsera de brillantes

que yo le compré con los ahorros de toda mi vida.

—¿Y qué?

—Esa pulsera no estaba en la muñeca del cadáver, a pesar de que aún conservaba la marca.

—Repito la pregunta: ¿qué es lo que tengo yo que ver con todo esto?

—He sabido que usted enterró los cadáveres.

—Sí.

—Pues mientras no se demuestre lo contrario, es usted el que la robó. Y es usted, quizá, el que la ha asesinado.

—Está loco. El dolor le ha trastornado y ya no sabe lo que dice. Me está acusando de un delito repugnante sin tener la menor prueba. Y acusa también a la dueña del rancho «Siete Círculos», que estaba conmigo cuando dimos sepultura a los muertos.

—¡Pruébelo!

Murray, el falso Lane, dirigió una rápida mirada a Elena Key.

—Dile que está equivocado. Lamentaría tener que matar a este pobre hombre. Explícale que ya encontramos los cadáveres allí y que no pudimos hacer otra cosa que darles sepultura.

Elena Key, en vez de contestar, le dirigió una sonrisa de desafío.

No creas que voy a evitar este duelo. Al contrario, me alegro. Ojalá te mate.

Holsen acercó un poco más la mano derecha a la culata de su «Colt».

—¡Basta de palabras! ¡No eres más que un cobarde que intenta parapetarse detrás de una mujer! ¡«Saca»!

Y mientras decía esto tiraba ya de la culata de su revólver.

Murray se ladeó, pegándose materialmente al mostrador del almacén, en tanto disparaba con su revólver derecho sin sacarlo de la funda. El «Colt» que empuñaba Holsen saltó hecho astillas y polvo de acero, sin que en la mano del joven apareciese más que una leve línea de sangre.

Holsen jadeó, apretándose una mano contra la otra, y miró a Murray con ojos desorbitados.

Se daba cuenta de que aquel gigante de ojos grises, aquel titán, había podido matarle.

Tenía músculos de bisonte, pero también tenía manos de joyero para manejar el «Colt». Nunca podría vencerle.

Hundió la cabeza sobre el pecho, dio media vuelta, y salió lentamente del almacén, arrastrando los pies.

Murray dijo:

—Le prometo que esa muchacha será vengada.

Holsen debió oírle, pero empujó las puertas y salió de allí como un sonámbulo.

Luego Murray se volvió hacia Elena Key.

—Gracias por tus buenos deseos, muchacha.

—De nada.

—¿Por qué diablos querías que ese hombre me matase?

—Por el beso que antes me has dado.

Murray se acercó poco a poco a ella. Se oía en el silencio del almacén, casi vacío a aquella hora, el tintinear de sus espuelas. La sonrisa de Elena Key, que era desafiante al principio, se le fue quedando helada en los labios.

—¿Por aquel beso? —preguntó Murray.

Ella le golpeó de repente con los puños el pecho poderoso, mientras se ponía a gritar:

—¡Serás un miserable si…!

—¿Si qué…?

—Si no me besas como la otra vez —jadeó Elena.

Murray la estrechó en sus brazos, la dobló entre ellos como si fuera a romperla, y Elena Key se plegó suavemente a su fuerza, entreabriendo los labios.

El pensó que nunca había besado así a una mujer.

Y ella pensó que este beso era mucho mejor que el primero.

Cuando se separaron, al cabo de un largo minuto, ya estaban arrepentidos los dos. Elena Key pensaba que este hombre podía dominarla, podía hacer de ella lo que quisiese. Porque nunca había conocido un hombre que se pareciese a él. Y tuvo miedo. Murray, por su parte, pensó que ella era la prometida de Evans, la mujer que éste necesitaba para cambiar definitivamente de vida.

—Lo siento —murmuró.

Elena no contestó. Se limitó a volver un poco la espalda, mientras ocultaba el rostro. —Creo— murmuró él —que tú y yo no somos ya dueños de nuestros sentimientos. Lo mejor que puede hacer es marcharme cuanto antes de Carson City Evans ya es otro hombre; ya puede salvarse sin mí.

Elena Key volvió el rostro hacia él. Había una expresión muy extraña en sus ojos. —De todos modos, gracias— murmuró. —¿Por qué?

—Por haberme enseñado a besar.

Fue en aquel momento cuando se oyó una voz desde la puerta:

—Yo también se lo agradecería, muchacha. ¡Le enseña a una de una forma…!

Los dos se volvieron a la vez.

Y vieron recortarse en la puerta la figura curvilínea de una mujer llamada Nora Duxon.

CAPÍTULO XII

Avanzó moviendo las caderas, dentro de su vestido adornado de lentejuelas, y fue como si por el oscuro almacén de granos de Carson City avanzara una antorcha encendida Murray dominó su sorpresa y dijo, mientras trataba de fingir indiferencia:

—Hola, Nora.

Nora se detuvo, a sólo dos pasos de ellos y repuso en voz bien alta, para que Elena Key la oyese perfectamente:

—Hola, Murray.

* * *

Elena Key tuvo un estremecimiento.

Miró a Nora.

—Repita ese nombre —exigió.

—¿Es que no sabe usted cómo se llaman los hombres a quienes besa? —preguntó Nora con sarcasmo.

—Este hombre ha dicho que se llamaba Lane, y aunque yo sospechaba que eso no era cierto, estaba lejos de saber que se llamaba Murray.

—Pues ya lo ha oído bien: Murray es su nombre.

El nombre del fiscal del Gobierno con amplias atribuciones sobre todos los Juzgados del Territorio de Nevada.

—¿El que… condenó a Evans?

—Y el que le hizo colgar.

—Podrías, añadir —dijo Murray, distendiendo los labios en una sonrisa fría y cuadrada—, que fui yo también quien se dio cuenta a tiempo de su error y salvó de la cuerda.

—Cierto, cariño. Y te tomaste tanto interés por él que incluso

olvidaste enviarme a la horca a mí como verdadera culpable del asesinato de Linda Shelby.

—Yo nunca envío mujeres a la horca.

—Claro, ya veo que eres tan galante…

—¿Para qué has venido a Carson City, Nora?

—Por una curiosidad muy simple. Para saber qué era lo que pretendías al traer aquí a Evans.

—Pretendía simplemente salvar su alma, como había salvado su cuerpo. Ya sé que tú no comprenderás esto, pero es cierto. Evans ha perdido la memoria y no recuerda nada de su pasado tormentoso. Puedo hacer de él otro hombre, un hombre de bien. Ése ha sido mi propósito.

Nora lanzó una carcajada y brillaron, con un relieve de fruta madura, sus labios intensamente rojos.

—¿Y si Evans vuelve a ser el que fue?

—No lo será. Al contrario, confío que ayudará a la Ley.

—Ahora resulta que también tenías un corazón, Murray.

—Todo el mundo lo tiene. Lárgate, Nora.

—¿No piensas acusarme del asesinato de Linda Shelby?

—Tu conciencia te acusará, y eso ya es bastante. Pero lárgate de Carson City antes de que cambie de opinión.

Elena Key había asistido en silencio, con los ojos muy abiertos por el asombro, a aquel diálogo rápido y vibrante. De pronto sus dientes produjeron como un chasquido. Se puso frente a Murray y gimió:

—¿De modo que nos has estado engañando? Tú eres el hombre que le condenó, el hombre que…

—Ya conoces los motivos de mi engaño. Era necesario que Evans olvidase su pasado por completo, y en ese pasado figuraba el nombre de Murray. No quería que se mencionase ante él.

—Pero…

No llegó a terminar la frase.

En ese momento se oyeron varios disparos junto al almacén, a lo largo de la calle principal, y los gritos de algunos heridos estremecieron también la calma de la tarde… Murray, instintivamente, desenfundó el revólver.

Los disparos siguieron como una traca durante varios segundos más, antes de que nadie pudiera moverse. Luego cesaron con la

misma vertiginosa rapidez con que habían empezado.

Murray corrió hacia la puerta.

Y en ese momento alguien entró. Era un hombre vestido de negro, que se sujetaba con ambas manos el cuello manchado de sangre. Con sus últimas fuerzas balbució, mientras resbalaba a lo largo de la puerta:

—¡Han matado… a Sheridan! ¡A Sheridan y a su hija!

El hombre lanzó un estertor y se retiró las manos del cuello. Todos vieron entonces que por allí había penetrado un proyectil, atravesándole seguramente una arteria. Era muy poco lo que se podía hacer por él.

Murray preguntó:

—¿Quién es Sheridan?

El herido ya no podía contestarle. Nora lo hizo por él.

—En diez días he conocido aquí a mucha gente Sheridan es un minero enriquecido que siempre llevaba encima grandes cantidades de polvo de oro. Si le han matado habrá sido para robarle.

Murray abrió la puerta.

—¿Es que vuelves a ser el fiscal? —preguntó burlonamente Nora.

—Voy a ser algo mucho más importante. ¡Voy a ser el verdugo!

Salió a la calle, sobre la que relucía el sol dorado del atardecer. En la calzada se iba posando una espesa nube de polvo, lo que indicaba que recientemente habían pasado por allí varios jinetes. Pero todo estaba desierto como una tumba.

Sobre las tablas del porche se retorcían aún un hombre sencillamente vestido y una muchacha. A Murray le bastó una mirada para comprender que nada podía hacer por ellos. Estaban materialmente acribillados a balazos.

De todos modos se inclinó sobre sus cuerpos. La muchacha acababa de morir, y en cuanto al hombre, le miró con ojos desencajados, mientras hacía terribles esfuerzos para hablar.

—Luke… —Logró decir.

Murray pudo al menos cerrarle los ojos.

Vio entonces una nube de polvo que se acercaba a gran velocidad por el fondo de la calle. Su ojo experto le permitió en seguida determinar el número de jinetes. Cinco.

Los asesinos, después de rociar con plomo toda la calle, volvían

hacia atrás en un rapto de audacia, para salir de Carson City por el mismo lugar por donde habían entrado.

Murray comprendió que si se quedaba parado en el porche le acribillarían. La baranda, por otra parte, no ofrecía apenas parapeto.

De modo que se abrazó a uña de las columnas y, con la agilidad de un simio, llegó en breves segundos al tejado del porche.

Desde allí dominaba la calle.

Su otro revólver salió también de la funda, mientras Murray intentaba distinguir a Luke por entre la nube de polvo que levantaban los caballos. Porque había dicho que iba a ser verdugo y tenía razón. Luke sería su primera víctima.

Pero los cinco jinetes lanzados a galope se mezclaban de tal modo que le era imposible distinguir a un hombre a quien no conocía, guiado por el solo detalle de la cicatriz. Cuando iban a pasar frente a él, Murray gritó:

—¡Estáis galopando por un cementerio!

Y sus dos revólveres escupieron plomo como escupen veneno las serpientes rabiosas.

Dos hombres cayeron alcanzados mortalmente. Murray no pudo precisar si uno de ellos era o no Luke. Había tirado sencillamente al bulto, a matar, porque todos eran unos asesinos.

Rodando entre el polvo, los dos muertos sembraron la confusión en el grupo. Los caballos se encabritaron y estuvieron a punto de lanzar a sus jinetes. Pero casualmente fue esto lo que les salvó la vida.

Porque las balas que como una ráfaga siniestra disparó Murray a continuación, se perdieron a causa de los extraños movimientos que sin querer hicieron los asesinos. Uno de ellos gritó:

—¡Pronto! ¡Al porche!

Quien había gritado esto no era ningún tonto. Galopando a lo largo del porche, hasta llegar a la primera esquina, se pondrían a cubierto del diabólico tirador que con dos balazos había eliminado a dos hombres.

El que había gritado obedeció inmediatamente su propia orden, lanzando a su caballo de un fantástico salto contra los peldaños del porche. Los otros dos hicieron antes varios disparos hacia arriba, hacia donde estaba Murray.

Una de las balas le rozó la cabeza y le produjo una sensación de vértigo. La calle pareció oscilar ante él, Murray vio los jinetes abajo, como dos figuras borrosas, levantando los revólveres otra vez.

Dejó caer entonces sus armas y saltó del porche abajo como si le hubiera impulsado una catapulta.

Dos balas más le rozaron, pero sin alcanzarle gracias a la velocidad de su salto.

Cayó a plomo sobre uno de los jinetes, que rodó con él sobre el polvo mientras el otro se mantenía a la expectativa, caracoleando, con el revólver preparado para matar a aquel loco en cuanto se pusiese a tiro en una de las rápidas vueltas.

Murray sabía que estaba perdido. En cuanto se estuviese quieto un solo segundo le enviarían un balazo mortal. Entre la nube de polvo se levantó, estrechamente abrazado a su enemigo. Éste intentó hacerle girar para que el del caballo pudiese dispararle a placer.

Pero no lo conseguía. Y fue el del caballo el que giró.

Mientras, Murray sostenía férreamente las dos manos armadas de su enemigo.

El del caballo lanzó una carcajada, mientras apuntaba.

Y Murray, en aquel momento, se jugó la vida a una carta empujando con todas sus fuerzas al enemigo para lanzarlo contra el jinete. El caballo recibió el impacto y se encabritó, a punto de perder el equilibrio, haciendo que saliese alto el disparo del que estaba sobre su silla.

Sin esperar un segundo, Murray dio otro salto y se lanzó sobre el jinete, abrazándolo y arrastrando en la caída a su otro enemigo, al que acababa de empujar.

Los tres rodaron como una confusa masa de músculos y polvo entre las patas del caballo, mientras éste lanzaba relinchos que no eran tan malsonantes como los terribles juramentos de los hombres.

Uno de los asesinos logró situar un revólver, pero cuando iba a disparar, Murray se lo lanzó por los aires propinándole un salvaje puntapié. A su vez, recibió un impacto en la mandíbula, cuya piel saltó por completo, y en seguida un brutal golpe en la ceja que le hizo caer hacia atrás con los ojos nublados por la sangre. Pero no perdió la serenidad. Tenía que moverse. ¡Tenía que moverse igual que un reptil o moriría sin remedio!

Giró sobre sí mismo mientras dos balas se clavaban en el polvo, junto a él. Sus enemigos se distanciaron para acribillarle mejor; el uno de rodillas, el otro de pie.

Murray vio entonces el «Colt», que acababa de caer a tierra.

Se apoyó sobre su cabeza, dio una vuelta de campana, mientras otra bala le arrancaba cabellos, y sujetó el revólver, contorsionándose para dar cara a sus enemigos.

Uno de éstos tuvo miedo al ver la rapidez alucinante de su maniobra. De repente el «Colt» pareció quemarle entre los dedos. Echó a correr y disparó frenéticamente hacia atrás, sin apuntar, esperando alcanzar a Murray con alguna bala perdida.

Pero las balas perdidas sólo llegan a su destino por casualidad. Y los plomos de un «Colt» duran poco entre los dedos de un hombre demasiado nervioso. Murray se enfrentó con el otro enemigo.

Tuvo tiempo de ver que era un hombre casi negro, con las facciones completamente abrasadas por el sol.

Luego, la vida fue del más rápido.

Murray disparó unas fracciones de segundo antes que su enemigo, atravesándole la cabeza.

Luego miró al que huía, haciendo girar velozmente el revólver entre sus dedos. Sintió tentaciones de matarlo porque era un vulgar asesino que acababa de acribillar a balazos a una muchacha. Pero Murray no mataba nunca a un hombre por la espalda.

Ya se encontrarían cara a cara otra vez.

Murray se puso en pie.

Contempló los cadáveres que, en las más variadas posturas, jalonaban el centro de la calle. Ninguno ellos tenía una cicatriz en la cara. Ninguno de ellos era Luke.

Murray, lanzó una maldición.

Porque no basta con cortar la cola a la serpiente; la serpiente no muere hasta que se le ha aplastado la cabeza.

—Nos volveremos a encontrar —dijo en voz alta.

Alguien que estaba tras él lo oyó.

—De eso puede estar seguro.

Murray se volvió, a tiempo de ver al comisario que antes había ido a buscar hombres al «Siete Círculos».

—¿Quiere decir que Luke volverá a la ciudad? —preguntó Murray—. ¿Tendré esa suerte?

—Esa desgracia —rectificó el otro.

—No soy ningún bravucón, pero Luke no me asusta.

—El no. Luke es sólo un pistolero que tira bien y nada más que eso; pero traerá hombres. Antes de veinticuatro horas habrá reunido hombres suficientes para hacerse dueño de la ciudad.

—¿Y el *sheriff*?

—¿El *sheriff*…? —preguntó el comisario.

Entonces se fijó Murray en el pañuelo negro que rodeaba el cuello del representante de la Ley.

—¿Ha muerto?

—Acaba de morir.

—¿Por qué no nombran otro?

—Nadie querrá aceptar la estrella sabiendo que Luke actúa en la ciudad.

—Acéptela usted —dijo Murray—. Lo mismo da morir como *sheriff* que como comisario. O, más exactamente, es mejor.

—Un comisario no está obligado a tanto. Puede largarse o dimitir si el peligro arrecia.

¿Por qué no acepta la estrella usted?

Murray lanzó una carcajada dura y cruel, como si aquella situación le divirtiese.

—No se preocupe por eso. Será como si llevase la estrella al pecho. Yo mismo me he dado el nombramiento no precisamente de *sheriff*, sino de verdugo de Carson City.

El comisario lc retuvo por un brazo, sin permitir que se alejase.

—Debo notificarle que los dos únicos hombres que he logrado reunir son los del rancho «Siete Círculos». Nadie más quiere ayudar a la Ley porque en Carson City se suele decir que la Ley estorba. Va a encontrarse solo contra los asesinos que le envíe Luke.

—Me gusta estar solo.

Fue a dirigirse hacia su caballo, amarrado aún a la barra del almacén. Vio que Nora y Elena le miraban desde el porche con ojos todavía un poco extraviados a causa de la rapidez y la dureza de la pelea.

—¿Vienes, Elena? —preguntó él, secamente—. Puedo llevarte al rancho.

Elena, en silencio, sin saber aún qué clase de diabólico sentimiento era el que le unía a aquel hombre, montó a caballo y

tiró de las riendas suavemente, para encaminar al animal hacia la salida de la ciudad.

Nora dijo desde el porche:

—Me pondré mi mejor vestido para ir a velar tu cadáver, Murray.

—En tal caso fíjate bien en mí. Porque si no te beso o te parto la cara de un golpe es que estoy muerto de verdad. Y ahora puedes empezar a lucir ya tu mejor vestido para enterrar a todos ésos.

Señaló con el mentón los cadáveres que estaban en el centro de la calle. Luego tiró también de las riendas de su caballo, lo enderezó y clavó suavemente las espuelas.

Antes de alejarse oyó otra vez la voz del comisario:

—Créame: busque a alguien que le ayude. Alguien que sepa manejar el revólver por lo menos tan bien como usted, o Carson City será su tumba.

Estas palabras, sin saber por qué, quedaron como grabadas a fuego en la memoria de Murray.

CAPÍTULO XIII

Los dos hombres prepararon sus armas y se dispusieron a salir del rancho, acompañados por Murray y por Elena Key.

Eran los dos que se habían ofrecido antes al comisario para defender la Ley. Y ahora se dirigían a Carson City.

Murray quiso detener a Elena.

—No vengas. Correrá la sangre.

—¿Es que no puedo contribuir a que ésta sea algún día una tierra diferente, una tierra donde los hombres no maten y mueran por simple capricho?

Murray la contempló con una sonrisa que quería ser burlona, pero que en realidad era de admiración.

—No esperaba eso de la novia de Evans.

—Ya te he dicho que confiaba ver cambiar a Evans.

Y en verdad ha cambiado ya. Es otro hombre… gracias a ti.

Era la primera vez que a Murray se le agradecía su obra. Pero nada dijo. Limitóse a encogerse de hombros.

Una vez en las cuadras, cuando iban a elegir caballos para ir a la ciudad, intentó impedir nuevamente que Elena Key montara para dirigirse a Carson City.

—¿No te das cuenta? Luke habrá reunido al menos a cinco pistoleros. Nosotros sólo somos tres y no sabemos en qué momento nos atacarán. Es posible nos barran.

—Así seremos cuatro —dijo enérgicamente Elena.

Murray, en contra de su voluntad, la admiró. Era una mujer valiente, una mujer que tenía sus ideales y que nunca perdía la fe. Lástima que no pudiese ni mirarla porque tenía que pertenecer a Evans. Murray pensó que era hermoso haberla conocido, pero que era terrible también, sabiendo que la perdería para siempre.

—Seremos cuatro —repitió ella.

Y una voz surgió entonces desde el fondo de las cuadras, del rincón penumbroso donde dormitaban los caballos:

—Seremos cinco.

Murray alzó la cabeza inmediatamente, mirando hacia allí.

Un hombre se acercaba parsimoniosamente desde la zona de penumbra, destacando en su fina cintura los dos «Colt» del 45 que pendían de la doble canana. ¡Evans!

Murray intentó que se notase en su cara que todo aquélla le parecía una locura.

—¿Qué hace usted aquí, Colbert?

—¿No lo ve? Voy a acompañarles.

—¡Pero si usted apenas sabe manejar un revólver!

—No soy tan tonto. Aunque tenga mala puntería, en algo podré ayudarles. He oído decir en el rancho que un hombre llamado Luke trataría de convertirse esta noche en el rey de la ciudad.

—Pues ha oído mal.

—He vivido en el Oeste demasiado tiempo, señor Lane. Sé que estas cosas ocurren de vez en cuando y que entonces sirven de muy poco las palabras, porque sólo se vive para matar o morir. Luke y los pistoleros que haya podido reclutar entrarán en Carson City para barrer con piorno a todos los representantes de la Ley que se interpongan en su camino. Luego ellos serán los «guapos» de la ciudad. Prácticamente no habrá más ley que su capricho hasta que surja un hombre decidido y los barra también con plomo.

¿Cree que no estoy enterado de eso?

—Salió usted de un lío muy grande, aunque ahora no lo recuerde, señor Colbert. No le conviene meterse en nuevas complicaciones.

—Se lo ruego. Déjeme ir.

En los oídos de Murray sonaron entonces de nuevo las palabras que el comisario le dijera poco antes: «Créame, busque a alguien que le ayude». ¿Qué ocurriría en cuanto Evans manejase otra vez los «Colt»? Evans era un diablo, y si se ponía del lado de la Ley, la Ley sería invencible…

—Está bien, acepto —dijo secamente—. Venga con nosotros.

Aquélla iba a ser la prueba suprema, la culminación de su obra. ¡Evans defendiendo la Ley! ¡Evans rellenando de plomo a los

hombres que querían imponer el terror en Carson City!

Los cinco jinetes entraron en la ciudad al paso de sus caballos, se dirigieron sin prisas a una cuadra pública y depositaron allí sus corceles. Luego se encaminaron a un *saloon* que estaba en el centro de la calle principal, y desde el que forzosamente verían llegar a los hombres de Luke si éstos penetraban en la ciudad aquella noche.

Carson City distaba mucho de presentar su animación normal. Muchas personas no habían salido de sus casas, guardando una especie de luto por la muerte del *sheriff*. Otras esperaban los acontecimientos. De una forma misteriosa, en las calles de la ciudad se había olido ya la sangre.

La única persona con la que se tropezaron, precisamente en el porche del *saloon*, fue Nora Duxon.

Nora no llevaba sus atrevidas ropas de ocasiones anteriores, sino unos pantalones de amazona, botas altas y una chaqueta de piel. De su cinto colgaba un revólver. De no ser por sus poderosos relieves femeninos a distancia se la hubiera podido tomar por un hombre.

—¿Es que vas a marcharte de la ciudad? —preguntó Murray.

Los ojos de Nora Dixon se posaron confusos en los de Evans, que la miraba fijamente, aunque sin decir una sola palabra que pudiese indicar el menor recuerdo.

—Sí, me voy de la ciudad —dijo Nora, atropelladamente—. Presiento… algo horrible.

No sé, pero esta noche… he soñado con mi propio cadáver arrastrado por un caballo. Entonces he lanzado un grito, me he vestido y me he dispuesto a salir de la ciudad.

—Cuando se tiene la conciencia tan sucia como la tienes tú —dijo Murray—, uno sueña cosas peores; aún. Pero haces bien en marcharte de Carson City. Márchate y no vuelvas a aparecer nunca por el Oeste. Siempre habrá en las ciudades del Atlántico algún sitio para una mujer como tú.

Nora bajó la cabeza.

Llevaba colgando de la mano izquierda un saco de piel donde se contenía seguramente todo su equipaje.

Descendió en silencio los escalones del porche, y se disponía ya a montar en el caballo que tenía amarrado a la barra cuando de pronto cuatro hombres aparecieron por el extremo de la calle.

Todo estaba quieto y silencioso. Murray los distinguió

inmediatamente. Sus espuelas tintineaban.

El que iba en el centro tenía una cicatriz en el rostro.

Era Luke.

Los otros tres —uno a cada lado de Luke y el otro un poco retrasado— eran desconocidos. Asesinos profesionales que vendían al mejor comprador sus conciencias y sus gatillos.

¡Sólo cuatro hombres!

Murray sonrió en contra de su voluntad. Todo iba a ser más fácil de lo que esperaba, casi demasiado fácil. Cuatro hombres no eran nada para sus revólveres y los revólveres de Evans.

En voz baja ordenó:

—Nora, márchate en seguida. Tú, Elena, colócate tras el caballo que tienes a tu izquierda y aguarda a que todo haya pasado. Nosotros cuatro, vamos.

Los dos voluntarios, él y Evans, se situaron en el centro de la calle, justo enfrente de los cuatro hombres, que se habían detenido también. Entre ambos grupos quedó una fatídica «tierra de nadie» que *se* mediría aproximadamente con unos veinte pasos.

Evans murmuró:

—Vamos a imitar su modo de situarse. Yo me colocaré un poco más atrás. Y abriré fuego cuando usted lo diga, señor Lane.

—Bien.

El silencio parecía ahora aplastar a la ciudad entera. Se oyó en la calle, como un gran estruendo, el ruido de un vaso al romperse dentro de una casa. Los ocho hombres se miraron a los ojos.

Y fue entonces cuando Nora Duxon gritó.

Su grito reflejaba un miedo inhumano, terrible, y laceró materialmente los cerebros de cuantos lo escucharon. Dos detonaciones resonaron inmediatamente en la calle. Murray se volvió, con una mueca de estupor, y llegó aún a tiempo de ver cómo los proyectiles atravesaban el pecho de Nora, que cayó gimiendo y fue arrastrada durante varias yardas por su propio caballo.

¡Igual que en su sueño maldito, igual que en la pesadilla!

El estupor, la sorpresa, dejaron paralizado a Murray. No acertó a reaccionar porque vio…, ¡que los dos disparos habían sido hechos con los revólveres de Evans!

Dos disparos más y los dos voluntarios del rancho cayeron con la cabeza atravesada.

Evans disparaba como un demonio.

Y una horrible y sarcástica mueca deformaba su rostro.

En un instante Murray se vio solo, teniéndole delante a él y detrás a cuatro pistoleros armados. Pero la sensación de peligro era todavía menor que la sorpresa que sentía. Con voz insegura balbució:

—Pero ¿es que… nos has estado engañando?

Evans lanzó una carcajada. ¡Una carcajada diabólica cuyos ecos llenaron todos los rincones de la calle!

* * *

—¡Claro que os he estado engañando! —rió Evans—. ¿Creíste de verdad que había perdido la memoria, imbécil? Cierto que quedé aturdido cuando tú me salvaste de la cuerda, pero al recuperar los sentidos en casa del médico y oír «que me encontrabais raro», supe en seguida qué papel me convenía desempeñar. ¡Y fingí no recordar quién era para llevar a cabo el plan más audaz de mi vida, Murray! Me hice el buen chico hasta llegar a Carson City y aquí no me fue difícil formar inmediatamente otra banda. Una banda que se sentía segura porque el más temible defensor de la Ley, el fiscal Murray, ¡estaba inmovilizado… cuidándome a mí! Con esa tranquilidad. Luke, mi lugarteniente, preparó y ejecutó los mejores golpes que hemos dado en nuestra vida. ¡Y esta noche, por fin, Murray, voy a cumplir mi venganza! ¡Nora ha muerto y tú morirás también!

Murray parecía trastornado, anonadado, como si de repente el mundo se hubiese hundido para él. Hubiese esperado cualquier cosa, pero aquello no. ¡Aquello no! Ni siquiera se dio cuenta de que Elena Key había saltado junto a él gritando:

—¡Mientes, Evans! ¡No puede ser!… ¡Estás mintiendo!

Evans rió otra vez mientras levantaba su revólver derecho.

Uno de los pistoleros de Luke gritó:

—¡Déjeme primero a mí, patrón!…

Fue lo último que dijo en su vida.

Una bala disparada desde el suelo le atravesó la cabeza, penetrándole por la boca.

Nora, en tierra, cubierta de sangre, dejó caer el revólver que había levantado con sus últimas fuerzas. —Así…— jadeó—, muero… más tranquila…

* * *

Mientras tanto, se había desencadenado la tempestad.

Murray dio un empujón con la izquierda a Elena mientras «sacaba» con la derecha y se dejaba caer al suelo a su vez. Girando con la velocidad de una peonza, disparó dos veces y, queriendo alcanzar a Luke, alcanzó mortalmente al hombre que estaba tras él, y que era el único que había logrado escapar con vida del tiroteo de aquella tarde. Luke disparó también y alcanzó a Murray en un hombro, haciéndole estremecerse de dolor.

Pero el ex fiscal hizo fuego otra vez, barriendo materialmente con plomo aquella zona de la calle.

Elena disparó también.

Luke y su compañero hicieron fuego con los ojos desorbitados, mientras intentaban saltar sobre sus presas para acribillarlas más materialmente. Pero cuando apretaron los gatillos, una línea de botones rojos había cruzado ya en diagonal sus cuerpos. Dieron al mismo tiempo un salto, tropezaron en el aire y cayeron desangrándose los dos.

Otra bala, ahora disparada por Evans, alcanzó a Murray cuando éste giraba otra vez sobre sí mismo con una increíble rapidez. El proyectil le atravesó el brazo derecho y le obligó a soltar el revólver. Pero mientras sentía la quemadura del plomo, Murray disparaba ya a través de la funda del revólver izquierdo, atravesando también la mano derecha de Evans y obligándole a soltar el «Colt».

Los dos hombres disponiendo ahora solamente de un revólver y una mano hábil cada uno, se miraron con ojos llameantes.

Pero eran más llameantes los de Evans, que reflejaban un odio mortal.

Murray sentía la sangre deslizarse hacia abajo por su brazo y su hombro. Tenía dos heridas. No podría resistir en pie muchos segundos más.

—Quise que vivieses, Evans —musitó—, pero tú me obligas a cumplir la sentencia…

¡«Saca»!

Ambos movieron a la vez el brazo izquierdo, empuñando el «Colt» del mismo lado.

Fue como si brillaran dos relámpagos, al relucir el metal de los

revólveres.

Luego uno de ellos ladró primero.

Evans lanzó una maldición mientras recibía el plomo en mitad del pecho, y dio un traspié al intentar erguirse para colocar otra vez el revólver en línea de tiro. Pero una nueva bala, ésta en el cuello, le dobló nuevamente. Y otra en el corazón. Y otra junto a un pómulo…

Cuando Murray dejó de disparar, Evans ya no era más que una masa sangrante.

Y entonces Murray también cayó al suelo pesadamente, soltando su revólver.

—He fracasado… —susurró—. He fracasado…

Elena Key se arrodilló junto a él.

—«El Justiciero» no ha fracasado —dijo ella—, sino al contrario. ¿Me dejarás que te convenza de esto… durante toda una vida?

Murray la miró.

¡Diablos, nunca había visto una mujer así!

¡Nunca!

Y ahora nadie se la llevaría…

Dijo que sí. Al fin y al cabo, los dos plomos que llevaba dentro, y de los que tardaría varias semanas en curar, bien valían una mujer como Elena…